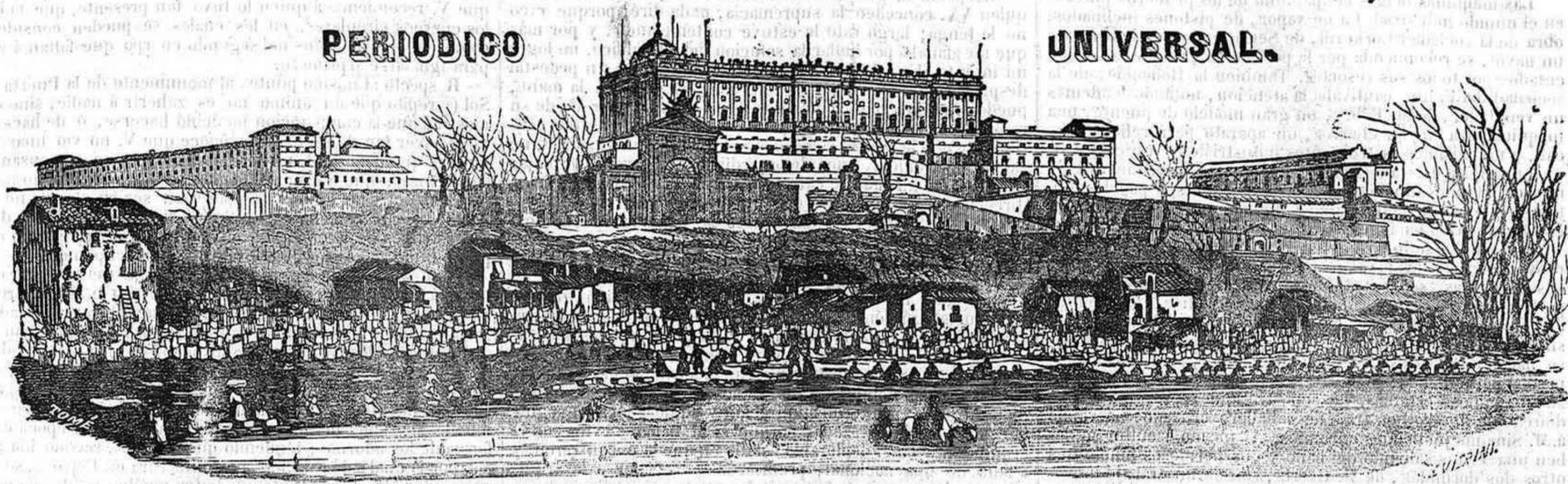


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 11.—SÁBADO 13 DE MARZO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 2 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

FIESTAS REALES.

Entre las fiestas con que casi todas las poblaciones de la Península han celebrado el nacimiento de la Princesa de Asturias y el restablecimiento de S. M. de la herida que recibió de mano de un fanático, se han distinguido por su lucimiento, después de las de la corte, las dispuestas en la capital de Cataluña, y entre estas la ceremonia de pasear el retrato de la Reina.

He aquí la descripción de esta solemnidad para que sirva de esplicacion al grabado en que la presentamos á la vista de nuestros lectores.

A las doce del día todas las tropas de la guarnición se hallaban formadas en la carrera que debía recorrer el retrato de S. M. Una hora después salió de las casas Consistoriales la regía comitiva, en el orden siguiente:

Abrian la marcha cinco batidores de caballería, seguía después la música de artillería, y la Esma. corporación municipal, precedida de sus maceros, y presidida por el Esco. señor gobernador de la provincia. Seguían á caballo los cuatro ayudantes del Esco. señor capitán general, detrás de los cuales venía la magnífica carroza, en la que iba colocado el retrato. Era aquella tirada por ocho briosos caballos con penachos blancos y ricamente enjaezados. El retrato iba sostenido por una matrona que figuraba Barcelona, y frente del mismo, rodeado de flores, de ramos de laurel y de banderas españolas, se veía el escudo de las Armas Reales, veladas por el león de Castilla. El carro era blanco con relieves dorados, y en su testero llevaba grabada la cifra de Isabel II. Al pié del cuadro se hallaba estendido un rico manto de terciopelo carmesí recamado de oro y forrado de armiños, en cuyos extremos se veían bordados dos escudos de armas, que eran los de la ciudad de Barcelona. Caminaban al estribo derecho el Esco. señor general segundo cabo, y al estribo izquierdo el Esco. señor general gobernador militar de la plaza. El Esco. señor capitán general se hallaba algo indispuerto, y tuvo el sentimiento de no poder asistir á la ceremonia. Venían algunos jefes y oficiales del Estado mayor, y cerraba el acompañamiento la música municipal y una brillante escolta, compuesta de todo el regimiento caballería del Príncipe, vistiendo su hermoso uniforme de gala. Después seguía otro piquete de cazadores de caballería de María Cristina, con el nuevo traje que últimamente han adoptado.

Toda la carrera se hallaba poblada de gente, y los balcones de las casas adornados de damascos y colgaduras. Al llegar el retrato á la plaza de Palacio, fué colocado bajo el dosel que al efecto estaba dispuesto en el frente de un gran tablado levantado en el centro de la misma.

Cuando se colocó el retrato debajo del dosel, se soltaron gran número de palomas blancas, con cintas de colores que llevaban escrito el lema de ¡Viva la Reina! ¡Viva la Princesa! y se repartieron multitud de poesías, dedicadas á S. M., compuestas espresamente por la señora Doña María Josefa Massanes de Gonzalez, D. Manuel Milá y los señores D. Víctor Balaguer, D. Máximo Antonio Comes, D. G. A. Larrosa y D. J. L. Pons. Sentimos que la falta de espacio no nos permita copiarlas.

A las cuatro en punto de la tarde la marcha real de diferentes músicas militares saludaba al retrato de S. M., que llevado en brazos por el señor gobernador de la provincia, alcalde corregidor y varios señores concejales, entraba en las casas consistoriales.

BELGICA EN LA ESPOSICION.

Entre todas las naciones que han tomado parte en el gran concurso universal del palacio de Hyde-Park, la Bélgica, relativamente á la estension de su territorio, es la que mas ha espuesto; prueba irrecusable de los prodigios que puede realizar la industria humana, con el auxilio de un territorio fértil y rico en minerales.

Los tapices de la fábrica real de Tournay, aunque inferiores bajo el punto de vista artístico á los de los Gobelins, son de gran mérito industrial, y han llamado la atención pública por sus dimensiones y por la armonía de sus mezclas.

Otra fábrica real, la de M. Jorez, de Bruselas, ha espuesto una magnífica y abundante colección de telas enceradas de todos colores y calidades: esta industria ha llegado á tomar

un vuelo extraordinario, que no se creía que alcanzase en ningún tiempo.

La espartería belga es de gran mérito, y se han visto muy buenas franelas y telas de lana con cuadros, sumamente variadas, así como tejidos ligeros de lana, fabricados en San Nicolás, y por M. de Hent, de Bruselas, que nada tienen que envidiar á los de mas fama de los establecimientos de Francia y de Inglaterra. También Courtray ha remitido hermosas telas labradas para pantalones, y MM. Xhofray, Dolhain y Audeghen, de la misma capital, han espuesto muchas muestras de lana cardada, infinitamente superior á todas las conocidas hasta ahora.

Pero lo que sobre todo hace honor á la industria lanera de la Bélgica, es el hermosísimo surtido de paños de Verviers. Suaves al tacto, blandos y menos abatanados que los ingleses, estos admirables tejidos desafían á cualesquiera otro por su calidad. Ni el Zollverein ni la Francia han conseguido esponer paños verdes tan finos ni tan perfectos como los de MM. Pirrenne y Duesberg. También los de Tournay son muy estimados, aunque no tanto como los precedentes. Courtray ha contribuido con buenos tejidos de lana y algodón y de algodón y lino; las telas de lino de Vilvoorde son muy hermosas, lo mismo que las piezas de lino estampadas; las batistas y mantelerías de Flandes, magníficas, y las lonas de Gante y de Treminde se hacen notar por su grano grueso.

Si la Bélgica está muy adelantada en la industria de lana y de lino, no sucede lo mismo respecto á la de algodones, pues las indianas de sus mejores fábricas son en extremo ordinarias: únicamente M. Verhulst, gran fabricante de Bruselas, es el que ha desplegado bastante buen gusto en sus estampados, pues imita perfectamente los de Rouen y Rosibais.

En cambio ha conservado esa nación una superioridad inmensa en sus encajes, que forman la industria del lujo por excelencia. Bruselas ha justificado en el Palacio de Cristal su antigua reputación en esta clase de tejidos; y uno de sus fabricantes, M. Vanderkellen-Bressin, ha conquistado en la Exposición nuevos laureles. Sus obras maestras se han admirado en la galería superior del Norte, y entre ellas ocupaba el primer puesto un riquísimo pañuelo con las armas de Inglaterra: trabajo maravilloso, en que el gusto mas exquisito pugna con la paciencia, y que debe causar la desesperación de todos los fabricantes de encajes. El hilo de este pañuelo cuesta á 3,500 francos la libra: la finura de la obra, la hermosura del dibujo y la perfección del tejido, le han hecho obtener uno de los primeros triunfos entre los productos mas notables de la Exposición.

El mismo fabricante ha hecho gala de otras maravillas, y

entre ellas de un fabuloso vestido, ó mejor dicho, falda de encaje, cuyo hilo se estima á 2,500 francos la libra, y que han contemplado con envidia no pocas visitadoras.

Después de los productos de M. Vanderkellen-Bressin, los que merecen mas justos elogios pertenecen á MM. de Robyt y de Darteville, ambos de Bruselas: siguen después los encajes de MM. Duhayen-Brunfaut y compañía, que son sumamente finos; los puntos de aguja de Mad. Sofia Defresne, son merecedores de los mayores encomios, y las obras en ambos géneros de M. Vandersmaissen y de M. Ducpetiaux, hijo.

Ya que hemos dado principio por los encajes al exámen del departamento belga en la galería superior, vamos á concluirlo antes de penetrar en el piso bajo.

En un gran armario con puertas vidrieras se veían trajes y ornamentos sagrados, y el público inglés contemplaba con admiración tres figuras que representaban al mártir de Canterbury, al cardenal primado de Bélgica, y al difunto Monseñor Affre, arzobispo de París. Al lado de esta víctima se elevaba un trofeo de libros de liturgia romana, edición de Anigo, de Malines, notabilísimos por sus magníficas encuadernaciones. La librería belga se ofrecía allí bajo su mas respetable aspecto, para hacernos olvidar sin duda la vergonzosa plaga que los denunciaba: la plaga de ser ediciones de contrabando, reimpresiones de los editores de Bruselas.

Lieja contaba también su trofeo, compuesto de un broquel, de algunas armas lujosas, y de otros diversos objetos de cobre, bronce y acero, trabajados con mucha inteligencia.

En el piso bajo ocupaban la exposición belga dos salas interesantes: la de armas, y la de productos naturales en bruto. En la primera figuraba la ciudad de Lieja con su inmensa colección de armas de fuego, como pistolas, fusiles de munición, otros comunes destinados á rivalizar en la exportación y en sus precios bajos con los ingleses, conocidos por el nombre de *lower-guns*, los cuales se despachan mucho en la costa Occidental de Africa; carabinas de diversos sistemas, y por último, un número infinito de escopetas, que se distinguen por la longitud y por el grueso de sus cañones.

El armero del rey ha espuesto algunas obras de gran mérito, y entre ellas una carabina con tres punterías y sumamente segura. En medio de la misma sala figuraban varios morteros, cañones fundidos, y una bomba de mortero monstruo, empleada en el sitio de Amberes.

La parte de producciones en bruto se componen de una colección de minerales y piedras, como mármol, plomo, zinc, piedras de afilar, etc.: también había allí muestras de tabaco, de granos, de lino, de azúcar de remolacha y de jabón. Se puede sentir que las riquezas vegetales y minerales



El retrato de S. M. la Reina paseado por las calles de Barcelona.

de la Bélgica no se hayan visto representadas por pruebas mas numerosas, y clasificadas con mas acierto y método.

Las máquinas belgas ocupan uno de los primeros puestos en el mundo industrial. La de vapor, de pistones inclinados, obra de la sociedad Cockerill, de Seraing, y destinada para un navio, se recomienda por la perfeccion con que están ejecutados por todos sus resortes. También la Helicoide, de la sociedad del Fénix, cautivaba la atención, notándose además un ventilador, de M. Fabry, un gran modelo de puente, una máquina para limpiar el arroz, un aparato para refinar azúcar, y muchísimos instrumentos industriales y agrícolas.

La Bélgica ha presentado también sus instrumentos de música, algunos muebles de formas elegantes, y papeles pintados, que no pueden sostener dignamente la comparación con los de otras naciones.

De lo dicho se infiere que la Bélgica abraza y explota con provecho casi todos los ramos en que se divide la industria: sus máquinas, sobre todo, están construidas con la mayor perfeccion, y sus lanas nada tienen que envidiar a las mejores de otros países. Nada añadiremos a lo ya referido respecto a sus encajes. Si la ebanistería fina y algunas otras industrias se hallan algo atrasadas en dicha nacion, las bellas artes, propiamente dichas, se cultivan con ardor, como lo prueban sus magníficas estatuas. La equestre que representa a Godofredo de Bouillon en traje de caballero cruzado, ha valido a M. Simonis justísimos encomios. Al mismo escultor se deben una Venus saliendo del baño y dos hermosos niños. Los otros dos dormidos, de M. Geerts, son de un trabajo inmejorable: se han admirado también un Cain, un ángel dormido y una Venus, obras todas de Jehotte; pero la mejor estatua es sin duda la muger del Canadá, que riega con su leche la tumba de su hijo.

BELLAS ARTES.

ARQUITECTURA.

Señor Director de LA ILUSTRACION.

En el número octavo de este periódico, correspondiente al 21 de febrero último, he visto un artículo con el epígrafe de *Fiestas reales*, consagrado a describir con exactitud, imparcialidad y crítica, los monumentos erigidos en obsequio de S. M. y costeados por varias corporaciones. Y aunque en algunos puntos están conformes nuestras ideas, no puedo menos de rectificar varios errores, tales a mi parecer, cometidos en la descripción y crítica de dichos monumentos.

Al mismo tiempo que me ocupe de la crítica de su apreciable periódico, me permitirá V., señor Director, tome en consideración la de otros, sobre todo espresándose alguno de ellos de la misma manera próximamente que LA ILUSTRACION.

Comprende dicha crítica al monumento inventado, dirigido y ejecutado en la parte artística, por los alumnos de la Escuela especial de Arquitectura y los jóvenes escultores discípulos de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, señores Collado y Carrasco, los cuales empleados constantemente en sus difíciles estudios, no podrán disponer del tiempo necesario para refutar las inexactitudes cometidas al juzgar la obra que con tanto patriotismo como desprendimiento ejecutaron en el Salon del Prado; pero honrado con la amistad de algunos de estos apreciables jóvenes, y deseando como V., que al público se le diga la verdad para que juzgue con conocimiento de causa, creo que una explicación razonada podrá arrojar alguna luz en tan importante cuestión.

Esto es lo que me propongo hacer, contando siempre con la benevolencia de V., que tan amigo es de que la razón, y sólo la razón, brille en esta clase de cuestiones.

Decidido estaba a describir tan solo el mencionado monumento; pero viendo que se trata de compararle con el erigido en la Puerta del Sol, tendré que ocuparme también de este, aunque ligeramente, sin que por eso se crea es mi ánimo rebajar en un ápice el reconocido mérito de su autor.

Empezaremos pues por la parte filosófica, que en mi concepto es la mas importante y difícil de espresar. V. no ignora que el objeto del arte monumental es transmitir a la posteridad y en caracteres de piedra la historia de las naciones: ahora bien, hagámonos cargo del acto que en esta ocasion se queria solemnizar, y de cuya perpetuacion habian de encargarse los monumentos erigidos.

Este acto a mi pobre entender era dar una prueba del amor unánime de los españoles a su Reina en el momento de la presentación de la Princesa de Asturias a su pueblo; felicitarla por su pronto restablecimiento, y reiterarla la espresion de su lealtad y adhesión. Siendo esto así, apelo al buen juicio de V. para que diga si el monumento del Prado no era el que mas, ó quizás el único que cumplía con el objeto a que se destinaba. No estará demás hacer aquí una descripción de él.

Sobre un zócalo de granito rojo, se eleva un cuerpo prismático poligonal, con pilastras acusando el encuentro de sus lados, en los cuales se ven 36 heraldos con las cotas de armas de las provincias, que en union con las 12 colocadas a plomo de las pilastras, y que alternan con las antefijas que coronan este primer cuerpo, forman las 48 provincias, que además de Madrid, componen la España, y cuyo conjunto simbolizan.

El segundo cuerpo, que se eleva en el centro, es exactamente como VV. lo describen, y bastante mas pequeño que el primero; pero simbolizando a Madrid, que es el que erige el monumento, y siendo una pequeña parte de España, está razonada su disminucion respectiva. Que simboliza a Madrid lo dicen los escudos colocados en los costados; que es la que erige el monumento lo dice la inscripción, y a quien se dedica el escudo de armas de S. M. colocado al frente del monumento.

Los cuerpos cilíndricos, que tanto chocan a V., colocados en los ángulos, y que sirven de basamento a los cuatro ángeles que defienden a S. M., están también razonados, pues partiendo del primer cuerpo, y uniéndose al segundo, simbolizan la unidad de sentimientos de todos los españoles, respecto de su Reina. Finalmente, sobre un pedestal que simboliza el trono, descuellan en el centro del grupo que corona el monumento, la estatua de S. M. presentando al pueblo la Princesa de Asturias.

Creo, señor Director, que esta breve esplicacion convenirá a V. de la tesis que la precede.

Respecto al pensamiento filosófico del otro monumento a quien VV. conceden la supremacía, nada diré, porque creo no le tenga; largo rato le estuve contemplando, y por mas que me afanaba por hallar la solución del jeroglífico, no logré mi intento. La estatua de S. M. colocada sobre un pedestal desproporcionado, con traje de corte y el cetro en la mano, puede muy bien representar a la Reina en cualquier día de su reinado, menos en el que se queria solemnizar: de los dos continuos y dos heraldos colocados sobre el segundo zócalo, no sabemos el objeto, pues de guardianes no sirven, por dejar descubierto un lado a causa de mirar todos en una misma dirección, de tal manera, que puede muy bien ser arrebatada S. M. sin que sus defensores se den por entendidos. Respecto a detalles hablaremos cuando nos ocupemos de los del otro monumento.

Dice V., con muchísima razón, que la arquitectura en España está recorriendo un período de transición, que no sabe cuándo ni cómo concluirá; añadiendo que se citan con desden los nombres de Herrera y Rodriguez. Creo, señor Director, que esto no se entenderá con los autores del monumento de que nos ocupamos, porque lejos de citar ó recordar, con desden los nombres de tan sabios profesores, les han rendido un justo tributo de admiración y aquiescencia al seguir la senda por ellos trazada, porque si al hallarse estos con la arquitectura en el deplorable estado en que la encontraron, y a falta de una nacional, prefirieron retroceder a la arquitectura greco-romana a seguir la errada senda de sus contemporáneos; los alumnos de la escuela de arquitectura han preferido usar la arquitectura griega a cualquiera otra de significacion nula y de escasa filosofía. Esto solo bastará para convencer a V. de que no es descabellada, sino por el contrario, muy filosófica, la adopcion de la arquitectura griega para la erección del monumento. El haber usado la arquitectura policroma es una causa, la principal segun V., para resolverse a decidir la no entablada competencia de los monumentos de que hablamos, fundándose en que a la generalidad repugna. No me detendré a razonar, ni a defenderla, porque hago a V. la justicia de contarle entre las personas eruditas que comprenden las artes en sus mas sublimes creaciones. Si me dirigiera a la generalidad, le señalara el templo de Minerva en Atenas, los de la antigua Sicilia etc., en donde se usó con ventaja esta clase de decoración: les diría en qué se fundaron los antiguos, y quizás desearían la repugnancia con que segun V. la mira la generalidad. Antes de pasar adelante conviene advertir que en los monumentos que se hacen para estos casos hay que distinguir detalles que se conservarían si se efectuaran en piedra, y detalles que desaparecen con el monumento de lienzo, los cuales no representan sino un papel de actualidad.

Las cornisas, y en general la parte arquitectónica del monumento del Prado, pertenecen al primer género: los nombres colocados sobre los heraldos, pertenecen al segundo; pero no crea V., señor Director, que se pusieron sin conocimiento de causa, pues los autores de este monum. onto se encontraron con escudos auténticos, con otros de que había sospechas de inexactitud; y provincias hubo, cuyo escudo no se pudo encontrar. V. me dirá que personas eruditas hay en Madrid que les hubieran sacado de la duda; a algunas se recurrió, que dieron los datos que poseían, pero no todos los que se necesitaban, por cuya razón se prefirió colocar los nombres sobre los heraldos, rectificando de esta manera los errores que involuntariamente se pudieron cometer.

V. dice que el público quiere que se cuente con su ilustración, y que de él hacen parte muchas personas instruidas en heráldica. Estamos conformes; pero la misma razón habria para que supieran arquitectura, y aquí me veo atolado por no saber si calificar de sabios ó de ignorantes a muchos de los que componen ese mismo público, pues V. les concede la segunda de estas circunstancias, y a las ocho líneas se la sustituye con la primera, lo cual indica falta de seguridad en sus opiniones. Quizás dirá que los alumnos cayeron en la misma al usar la arquitectura policroma para los eruditos, y letrados para el vulgo; en esto no hago mas que remitir a V. a la clasificación de los detalles hecha al principio de este párrafo.

Otra de las circunstancias que segun V. hacen preferibles para la generalidad el monumento de la Puerta del Sol a todos los demás, es que las líneas se acuerdan en todos sus cuerpos, lo que no sucede en el del Prado; es decir, que no tiene el segundo cuerpo el mismo número de lados que el primero. Veamos si está razonada esta falta de continuidad que V. notó. V. sabe lo que significan los dos cuerpos: una vez sentido esto, veamos de armonizarlos, para lo cual, ó se habian de aumentar los lados del segundo, ó disminuir los del primero. Esto no puede ser, antes bien, se aumentarían a ejecutarse en piedra hasta diez y seis lados, para que completaran los cuarenta y ocho heraldos de que hay necesidad, y en cuyo caso, las antefijas no tendrían otro objeto que el que tienen en la generalidad de los monumentos, demostrando en ello la igualdad de todas las provincias respecto del trono. V. me dirá que Madrid está representado en el centro y mas elevada que las demás, y esto en mi concepto está razonado, porque así lo exige la posición topográfica y la circunstancia de ser la capital de la monarquía, donde tiene asiento el trono de sus reyes, de donde se deduce la ridiculidad de ponerla de otra manera que como se hizo. Demostrado que el primer cuerpo no debe disminuir sus lados, veamos de aumentar los del segundo.

Esto tampoco puede ser, porque todo buen monumento es como un buen escrito, en el cual no hay ni una palabra que se pueda suprimir sin variar su sentido genuino; y si se hiciera de doce ó diez y seis lados, no habiendo necesidad mas que de colocar tres escudos y una inscripción, pues todo lo demás es inútil para el objeto, sobrarian ocho ó doce lados, que seria como si en una obra se pusieran dos ó tres hojas en blanco para cada una impresa. Además, siendo necesaria la colocación de los cuatro ángeles, era menester ver dónde se colocaban. Sobre el cuerpo cuadrado no estaban bien, por hallarse al nivel de S. M., y porque no hacían relación mas que a Madrid, cuando España toda está animada de los mismos sentimientos; por otra parte, estando las cuatro caras del segundo cuerpo, paralelas a otras cuatro del primero, los

ángulos diedros formados por la union de las caras del segundo, vendrían enfrente de las caras del primero, lo cual haria que las líneas no se correspondieran en los dos cuerpos; cosa que V. recomienda a quien lo tuvo tan presente, que colocó los cuerpos circulares, en los cuales se pueden considerar comprendidos los lados del segundo cuerpo que faltan a esta para igualarse al primero.

Respecto al mismo punto, al monumento de la Puerta del Sol (y repito que mi ánimo no es zaherir a nadie, sino demostrar que la comparación no debió hacerse, ó de hacerla, no resolver tan de seguro) se conoce que V. no vió unas columnas que decoran los lados del pedestal, no se acusan en las cornisas, que los martillos del segundo basamento no se sazanan, pues las figuras que parecían ser su objeto, no estaban colocadas en ellos. En fin, V. habrá reparado los descuidos (hijos de la precipitación con que se hizo) que en este punto hubo en el monumento de que nos ocupamos.

Paso a hacerme cargo de la parte de decoración, que unido a las otras circunstancias; se ha dicho le hacen preferible a todo lo ejecutado. Los adornos son duros y erizados, prolongándose por doquier, con tendencia de llenar el mundo si a la fuerza los recuadros no los contuviesen: pareciéndose mucho a los del arco de la villa, que *El Clamor Público*, con demasiada acritud tal vez, denominó *Mosáico* de extravagancias. De los escudos y su modo de arrollarse hasta parecer muelles de reloj, no diré nada; ni de la unidad de época en la forma de los adornos; temiendo que la crisis, reconocida por V., por la cual está pasando la arquitectura en España, se resuelva por otro monumento que tenga muchos puntos de contacto con el túmulo de María Luisa, proyecto de D. José de Churriguera.

Pasemos a demostrar que no existe el anacronismo que acusa LA ILUSTRACION, por colocar en un monumento de la Grecia antigua, heraldos de la edad media.

Respecto de este punto seremos breves: heraldos griegos no se podían colocar, porque nada significarian, dado caso que hubieran existido; pero V. lo dirá, porque en un edificio griego no deban colocarse estatuas romanas, ó en un edificio de arquitectura pagana, estatuas de héroes de la cristiandad. Respecto de esto le remitiré al Escorial, y no habrá quien diga que el arquitecto de Felipe II hizo disparates. Mil ejemplos pudiera citar a otro que no fuera tan instruido como V., que ya estará convencido de que no existe tal anacronismo, sino que se hizo uso de una licencia autorizada por los artistas mas célebres de todos los países; y concluiremos este punto extrañando no haga V. estensivo el anacronismo a la colocación de la estatua de S. M., que no existía tampoco en tiempo de la antigua Grecia.

Respecto a la observación de que las formas circulares son mas bien de la arquitectura militar, que de la civil, no puedo menos de aconsejar a V. que observe que desde la columna que afecta comunmente esta forma, hasta los monumentos (y por cierto no militares), todo demuestra la poca exactitud de tal observación; pudiéndose citar el monumento de Lysicrates en Atenas, y el templo de Venus en Tívoli, etc.

Respecto de ejecución no hablemos, pues basta haberlo visto para juzgar con exactitud, sobre todo teniendo en consideración que el monumento del Prado fué ejecutado por jóvenes a quienes faltan algunos años para llegar a ser lo que son los directores de los demás monumentos.

Finalmente, sobre la parte estatuaría seré muy breve; recomendando a algunos que despues de ver en la galería de la Academia las estatuas del Apolino, etc., digan si las proporciones varían, con disfazarlos bien ó mal de ángeles como se hizo, quedando solo reducida la crítica a la estatua de S. M.

No sé, señor Director, cómo los autores de este monumento tomarán el que yo haya salido a su defensa, cuando me consta que habian decidido no hacerlo, confiando en la indulgencia de los artistas y personas instruidas; pues su fin al emprender tales trabajos, no fué otro que dar a S. M. una prueba mas de su lealtad y adhesión: de todas maneras les suplico me dispensen si me hubiere equivocado, y solo atiendan a la intención con que lo he hecho.

Ahora, señor Director, agradeciendo a V. su amabilidad el franquearme las columnas de LA ILUSTRACION, concluiré como V. diciendo que mi ánimo solo ha sido que al público se le diga siempre la verdad.

Soy de V. con la mayor consideración S. S. S. y A.

M. J. B.

Asesinato del general Brea y del capitán Mangin.

(Conclusion.)

EL PRESIDENTE.—¿Había mucha gente?

EL TESTIGO.—Como veinte personas. Cuando cerraron la puerta nos condujeron al jardín.

EL PRESIDENTE.—El consejo ha visitado aquellos sitios y ha hecho su examen. La portera de la casa dice que cuando VV. llegaron no había mas que cinco ó seis personas dentro de la puerta cochera.

EL TESTIGO.—La portera se equivocó, había mas gente.

EL PRESIDENTE.—¿Entre la puerta y el jardín no hay un patio?—Sí, señor.—¿El patio no está separado del jardín por una pequeña reja?—Sí, señor.—¿Cerraron la reja después que VV. entraron?—No me acuerdo.—Se dirigieron VV. hacia el fondo del jardín?—De seguida, con el general.—¿Qué sucedió entonces?—En cuanto llegamos al jardín, el teniente Singeot subió a un monton de tierra que estaba junto a la tapia y formaba escala, montó la tapia y se salvó. En aquel momento la multitud, que había forzado la puerta de entrada, invadió el jardín.—¿El general se acercó a la tapia del fondo del jardín?—Sí, señor.—¿Quién estaba a su lado?—No me puedo acordar. Yo no le quitaba la vista; queria salvarme, pero no antes que él, ni sin él.

Esta respuesta de Mr. Gobert fué acogida con un murmullo general de aprobacion. Despues de otras varias preguntas del presidente continuó Mr. Gobert:

El populacho nos agarró y nos condujo hacia la casa, en medio de los gritos mas horribles; llegamos, y entonces, volvimos a ver al capitán Mangin; nos separaron, y el general y

Mr. Mangin fueron conducidos al piso alto. Como ellos iban delante, los insurgentes que me cercaban, creyeron que se habían salvado, y entonces se cebaron en mí. En un instante me despojaron de mis insignias, me asestaron golpes por todas partes, me tiraron del pelo y de la barba, y me abofetearon sin compasión. Viendo esto, hice un esfuerzo desesperado y me solté de los hombres que me sujetaban. A pesar de los fusiles que tenía á mi alrededor, corrí á la casa y fui á buscar el general. Subí al segundo piso adonde ya estaba, y lo encontré sentado delante de una mesa, amenazado é insultado por la multitud. Mr. Mangin lo defendía con un valor verdaderamente heroico. El general se resistía á escribir las órdenes que se le exigían; pero cuando los ciudadanos que se habían propuesto salvarnos, dijeron que hiciese algo para ayudarlos, se decidió á trazar las líneas de que el consejo tiene conocimiento. Esta escena duró tres cuartos de hora. Los asesinos de abajo daban continuos gritos de muerte, y uno que tenía la espada del general y el sable de Mr. Mangin, se asomó á la ventana, y enseñando ambas cosas á sus compañeros, les gritó: «Aquí los tenemos! no tengan VV. cuidado, no se escapan.» Entre tanto los vecinos de la casa, temiendo que se cometiese en ella una escena horrorosa, propusieron que nos condujeran al cuerpo de guardia; los que querían salvarnos aceptaron desde luego esta proposición, y la gente que estaba abajo lo pedía también. Nos llevaron, pues, y allí encontramos al comandante Desmarests. Al entrar, estaba en la puerta el sargento Vielle, que me dijo: «Mi comandante, no entre V.; va V. á ser fusilado.» Yo le contesté que iba con el general y que no podía abandonarle. Desde luego conocí que la gente que había en el cuerpo de guardia eran nacionales, porque aunque no tenían uniforme, su aspecto era pacífico. Solo el teniente llevaba uniforme, y con él salieron los demás á la puerta; pero no pudieron volver á entrar porque el inmenso gentío de insurgentes ocupó al instante el cuerpo de guardia. Allí se reanovaron las amenazas contra el general; lo sentaron á una mesa y le quisieron hacer firmar la orden de retirada de sus tropas. En esto se acercó un individuo á Mr. Desmarests y le preguntó si era de la guardia movilizada, á lo cual contestó el comandante que no, que pertenecía al 24 ligero. «Pues si tienes tu batallón en la barrera, dale una orden para que se retire.» «Nunca», dijo Mr. Desmarests, fusiladme si queréis; pero yo no firmo semejante orden.» (Sensación.) Los clamores de muerte resonaron con nueva violencia, y un individuo con gran barba negra, que era de los mas furiosos, quiso ahogar al general que se había levantado, y á quien la multitud había impelido á un rincón del cuarto. Los gritos duraron cerca de dos horas; noté que hicieron salir de la sala á todos los que se habían interesado por nosotros; procuré acercarme al general, y cuando logré llegar á su lado, le dije: «General, el momento fatal se acerca.» En efecto, el furor crecía por momentos; habían querido fusilarnos varias veces, pero siempre había habido alguien que lo impediese. Viendo esto, tomaron el partido de echar fuera á todos los que impedían el crimen. Hubo un momento de silencio horroroso... luego se oyó el grito de: «Fuego, fuego, la guardia se acerca.» Los fusiles apuntaron, y del primer tiro cayó el general; yo me eché á tierra para salvarme de la descarga que esperaba en seguida, y encontrándome al lado del entarimado que sirve de cama de campaña, me deslicé debajo de él. Una bala de la descarga hirió al pobre Mangin en la mejilla, que también cayó, agarrándose la cabeza con ambas manos, y lanzando un grito horroroso.

Los insurgentes entraron en el cuerpo de guardia; uno de ellos gritó: «Debajo de la cama hay uno.» «Fusilarlo», dijeron otros, y vi que me hacían la puntería; pero en aquel momento entró otra porción de ellos y oí los culatazos que descargaban sobre los dos cadáveres del general y Mr. Mangin, aunque no pude ver á los que lo hicieron.

Afortunadamente para mí, una muchedumbre inmensa invadió el edificio; pero al ver los cadáveres tendidos en el suelo, un grito de horror unísono se levantó entre ellos, y todos se marcharon espantados, dejando el cuerpo de guardia vacío y la puerta cerrada.

Yo esperaba que volviesen para fusilarme. Poco despues de una voz que me decía que saliese; dudé antes de abrir, porque temía que me matasen en la misma puerta; pero estaba tan escitado por la escena pasada, tan abatido á la vista de los cadáveres con quienes estaba encerrado, que tomé mi partido é hice el sacrificio de mi vida. Salí pues fuera del cuerpo de guardia, y me encontré delante de un honrado jornalero llamado Antonio Guimbal, que me condujo á un sitio reservado de la casa, me echó una blusa, me hizo saltar una tapia, y me puso en el campo.

El presidente.—¿Puede V. decir algo sobre Nourrit?
Mr. GOBERT.—Cuando se promovió en el cuerpo de guardia el movimiento de que he hablado, Nourrit salió, y poco despues lo volví á ver en la ventana. Yo creo que fue el primero que tiró sobre el general.

Despues de esta interesante declaración, los acusados Daix, Vappreaux, Choppart, y varios abogados defensores, hicieron algunas preguntas al testigo, cuyas respuestas no dejaron satisfechos á los que pretendían sincerarse. Daix se empeñó como siempre en mostrarse amigo y salvador del general; pero el comandante Gobert declaró que solo vió á uno de los insurgentes comprometerse hasta con esposicion propia en salvar á Mr. de Brea, pero que aquel hombre de figura raquítica y miserable, no se hallaba entre los acusados, ni lo había vuelto á ver, etc.; por lo demás, repitió lo mismo que había dicho el comandante Desmarests sobre el pensamiento de asesinato de que estaban animados todos los insurgentes, con muy pocas escepciones.

Antes de pasar al exámen de otro testigo, el presidente del consejo felicitó al comandante Gobert por la bizarría con que se había portado en momentos tan terribles: felicitacion que apoyaron con interés el coronel Desmarests y el público todo.

El testigo cuya declaración siguió fué Augusto Adolfo Vielle, sargento, y uno de los celadores de la cárcel; reconoció á la mayor parte de los acusados, y declaró haber visto á Nourrit, á Choppart y á Daix hacer fuego al general. En la misma audiencia se examinaron otros dos ó tres testigos, que vinieron contestes en las atrocidades que cometieron varios de los acusados con los cadáveres del general y del capitán Mangin.

X.

En la audiencia del 21 hizo su declaración el *maire* del Gentilly, Mr. Dardelin, propietario de la casa del *Gran Salon*. Mr. Dardelin reconoció desde luego á Bussieres, Meunier, Luc y Valpreaux mayor, y á otros acusados, aunque no tan distintamente.

La declaración de este testigo no fué otra cosa que el relato de los incidentes ocurridos en el *Gran Salon* antes que trasladasen al general al cuerpo de guardia, de todo lo cual estan ya nuestros lectores suficientemente enterados por lo que precede. Examináronse despues otros varios testigos, y tanto esta audiencia como la siguiente, no ofreció acontecimiento alguno bastante grave, para ocuparnos de él con detenimiento.

En cuanto á los trabajos de los abogados, que en una causa de esta naturaleza eran obra muy difícil, cada defensor debía presentar poco mas ó menos las mismas ideas y los mismos argumentos en favor de sus respectivos clientes, por cuya razon tambien nos abstenemos de reproducirlos. Sin embargo transcribiremos las palabras de Mr. Riviere, que en nuestra opinion comprenden cuanto pudiera decirse en defensa de los culpables.

«Señores, dijo este abogado, confío en vuestro honor militar. Cuando la Asamblea nacional os ha nombrado por decreto jueces de estos hombres, no ha querido seguramente que fueseis severos. Tanto el teniente, como el capitán, como el coronel, todos estabais en el Panteon, con el casco en la cabeza y la espada en la mano, cuando el 25 de junio hicieron estos hombres fuego sobre vosotros. Por vuestra parte la justicia debe llegar hasta la generosidad...»

El día 7 de febrero de 1849 se cerraron por último los debates, y el presidente dió lectura al siguiente fallo:

«En nombre del pueblo francés (*las tropas presentan las armas*), el 2.º Consejo de guerra permanente de la 1.ª division militar, despues de haber deliberado á puerta cerrada, conforme á la ley, ha convenido en hacer las preguntas siguientes:

N.º (el nombre del acusado) ¿es culpable, 1.º de haber cometido un atentado contra el gobierno; 2.º de haber escitado á la guerra civil, haciendo que los ciudadanos se armen los unos contra los otros; 3.º de haber producido la devastacion, el pillaje y el asesinato en la capital; 4.º de haber cometido un asesinato con premeditacion en la persona del general de brigada de Brea; 5.º de haber cometido un asesinato con premeditacion en la persona del capitán Mangin; 6.º de tentativa de asesinato contra los comandantes Desmarests, Gobert y otros muchos oficiales?»

El presidente despues de haber recogido los votos, empezando por el grado inferior (y reservándose votar el último) satisfizo cada una de las preguntas con respeto á cada uno de los acusados, y resultó:

Que Daix, Vappreaux el menor, Lahr, Nourrit y Choppart fueron declarados culpables de asesinato en las personas del general Brea y el capitán Mangin, y de haber tomado parte en un atentado contra el gobierno, de haber escitado á la guerra civil y producido la devastacion, el asesinato y el pillaje en la capital; por todo lo cual el Consejo los condenaba á la pena de muerte.

Que Nuens y Gauthron fueron declarados culpables hácia los mismos jefes, y condenados á la pena de trabajos forzados por toda la vida, á causa de la minoría de tres votos, contra cuatro que habian votado la pena de muerte.

Que Lebelleguy fué declarado culpable como los anteriores con circunstancias atenuantes, y se le condenó á trabajos forzados perpétuos.

Que Mony, Goué, Naudin, Dugas, fueron declarados culpables de haber tomado parte en un atentado, y de complicidad en el asesinato del general y su ayudante de campo, por lo cual fueron condenados, con circunstancias atenuantes, á diez años de presidio. Moussel, á cinco años de la misma pena, Luc á veinte años de cárcel, Vappreaux el mayor, Bouilly y Bussières á diez años de la misma pena, Brassá y París, á cinco años de cárcel, Baude y Masson á un año de cárcel, Jeru á dos años de la misma pena, y que Quintin, Coutant y Guilhaume (1) fueron declarados no culpables por ninguna de las preguntas anteriores, y por consiguiente fueron puestos en libertad.

El consejo ordenó que la pena pronunciada contra Daix, Vappreaux el menor, Laha, Nourrit y Choppart, se ejecutase en la barrera de Fontainebleau, donde se habian cometido los crímenes de que eran culpables.

A las doce y cuarto de la noche, Mr. Plee, comisario del gobierno, leyó á los sentenciados, en presencia de la guardia formada y sobre las armas, en la sala de la cárcel, el juicio que el consejo de guerra acaba de pronunciar contra ellos.

Daix, Choppart, Nuens y Nourrit lanzaron gritos y exclamaciones, y anunciaron que recurrirán á los tribunales de revision y de casacion.

REVISTA DE TEATROS.

Ha empezado para los teatros su período de decadencia; estamos en plena cuaresma. Nunca han demostrado las empresas mayor interés por llamar la atencion del público; nunca se ha mostrado el público mas indigesto y descontentadizo. Acude con gusto la primera noche, recibe las producciones con cierta benevolencia, y cuatro ó cinco representaciones le dejan satisfecho. El público madrileño es voluble y caprichoso: cualquiera novedad le engrie y le distrae unas veces; otras se entusiasma locamente, admirando la ligereza de una bailarina ó la dulce voz de alguna notabilidad musical; pero con la misma facilidad que se engrie y se entusiasma, niega luego sus sonrisas y sus aplausos.

Tenemos un ejemplo bastante próximo. La *Cerito* y la *Alboni* vieron algunas noches alfombrada la escena del teatro Real con flores y coronas. Unas cuantas representaciones bastaron á entibiar tanto entusiasmo, y el teatro ha estado desierto últimamente, á pesar de tomar parte en sus funciones estas dos celebridades. ¡Si el público se muestra tan indiferente con los extraños, qué tiene de particular que haga lo mismo con los de casa!

(1) Guilhaume ha permanecido preso, como sospechoso, por un asesinato que se le atribuye hace algun tiempo en Sevres.

Los empresarios, á pesar de todo, procuran no descontentarle, respetando sus caprichos y sus veleidades.

En el teatro del Príncipe se ha puesto en escena á beneficio del actor D. Pedro Lopez, la celebre comedia de Lope de Vega, *Sancho Ortiz de las Roelas*, refundida por el señor Hartzenbusch. Inútil es decir que la refundicion es excelente. Este distinguido escritor ha hecho en las últimas escenas alteraciones muy importantes, que contribuyen á embellecer mas la obra. La ejecucion fué muy esmerada.

A beneficio del actor D. Pedro Sobrado se ha representado tambien, en este mismo coliseo, el drama de D. Eulogio Florentino Sanz, *Don Francisco de Quevedo*. Esta producción se ha puesto en escena con el mismo cuidado que el día en que se estrenó, arrancando Romea justos y merecidos aplausos en el importante papel de Quevedo: en el monólogo del tercer acto, de difícil desempeño, los aplausos fueron muy prolongados, y á la conclusion el público llamó á la escena al autor y á los actores.

Para celebrar el aniversario del natalicio de Moratin, las empresas del Príncipe y del Drama representaron dos de las comedias de tan esclarecido autor. En el primero *La Mogigata*, perfectamente desempeñada por Matilde Diez y Julian Romea; en el segundo *El sí de las niñas*, admirablemente ejecutada por Teodora Lamadrid y Joaquín Arjona.

En este último teatro se ha representado un drama nuevo, titulado *Una llave y un sombrero*, original del jóven escritor D. Ildefonso Bermejo.

La accion pasa en tiempo de Felipe IV, y en la época en que este ilustrado monarca protegia al distinguido pintor D. Diego de Velazquez, dándole habitacion en palacio, y pasando á visitarle frecuentemente á su mismo estudio. El rey puso los ojos en Doña Juana Pacheco, esposa de Velazquez, y esta se manifestaba sorda á sus pretensiones amorosas. Presentase en aquella misma época en el estudio de D. Diego un jóven pintor, que modestamente vestido, venia á pié desde Sevilla á buscar proteccion á la corte: este jóven era Bartolomé Murillo, y Velazquez le acoge y le ofrece su valimiento; vé Murillo que la esposa de su protector se encuentra asediada por el enamorado Felipe, y se presenta á protegerla, haciendo frente al monarca; pero Doña Juana le advierte que es el rey, y esto le obliga á retroceder.

Felipe IV busca el medio de alejar á Velazquez del lado de su esposa, dándole una comision para Italia. Incomódale la presencia de Murillo y le manda que lo lleve tambien en su compañía; pero Doña Juana procura disuadir á su esposo, no queriendo verse completamente abandonada y deseando tener al menos á su lado una persona que la protegiera. Esto infunde celos en el rey, creyéndose rival del jóven pintor, y procura infundirlos tambien á Velazquez, hasta el punto de que este llega á dudar de la lealtad de su protegido: pero muy pronto sabe quién es el que contra su honor atenta, por haber encontrado en su estudio el sombrero del rey y la llave de la puerta que comunicaba con la cámara Real, y que por huir D. Felipe, á la llegada de Velazquez, había dejado caer. Este cree ver patente su deshonra, y desesperado, decide envenenar á su esposa y morir él despues: prepara el veneno en una copa y va á buscar á Doña Juana; pero el jóven Murillo, que advierte la desesperacion de su amigo, espía sus pasos, y observándole en los momentos en que vierte el veneno, vacía la copa, echando igual cantidad de agua. Sigue luego la escena en que D. Diego reconviene á su esposa, y despues de hacerla beber, le revela su terrible resolucio. Doña Juana jura que en nada le ha faltado y huye horrorizada. Entonces se presenta Felipe IV: desengaña á Velazquez, haciéndole ver que su esposa es inocente, presentándole una carta en que ella rechaza su cariño. Conoce D. Diego lo injusto de su proceder, cree que es ya tarde y que su esposa habrá dejado de existir; pero su fiel amigo Murillo se presenta dando la mano á Doña Juana, y llevándola á los brazos de su protector.

La comedia es de muy buen corte: la accion camina con naturalidad, y hay situaciones de bastante efecto. En la escena del acto primero, en que Velazquez está retratando al rey, hay rasgos muy delicados. La sátira de Quevedo contra el matrimonio, está muy oportunamente colocada. La versificación es descuidada; á ser mas robusta en algunas situaciones, hubiera dado mejor entonacion á toda la obra. La ejecucion fué muy buena. El público aplaudió esta producción, llamando á las tablas á su autor.

La compañía que dirige Dardalla, dió principio á sus trabajos con la lindísima comedia del señor Cazorro, *La Pension de Venturita*, deplorablemente representada. Estaba encargado del papel de característico un actor nuevo en esta corte, que gustó muy poco. En cuanto á Dardalla, no podemos acostumbrarnos á verle salir con guantes. Los demás actores llegaron á puerto de salvacion cayendo ó tropezando; pero al fin, llegaron con gran contento del público, que deseaba verlos reaparecer.

Prepárase en este teatro una comedia nueva titulada *Un Don Juan del siglo XIX*.

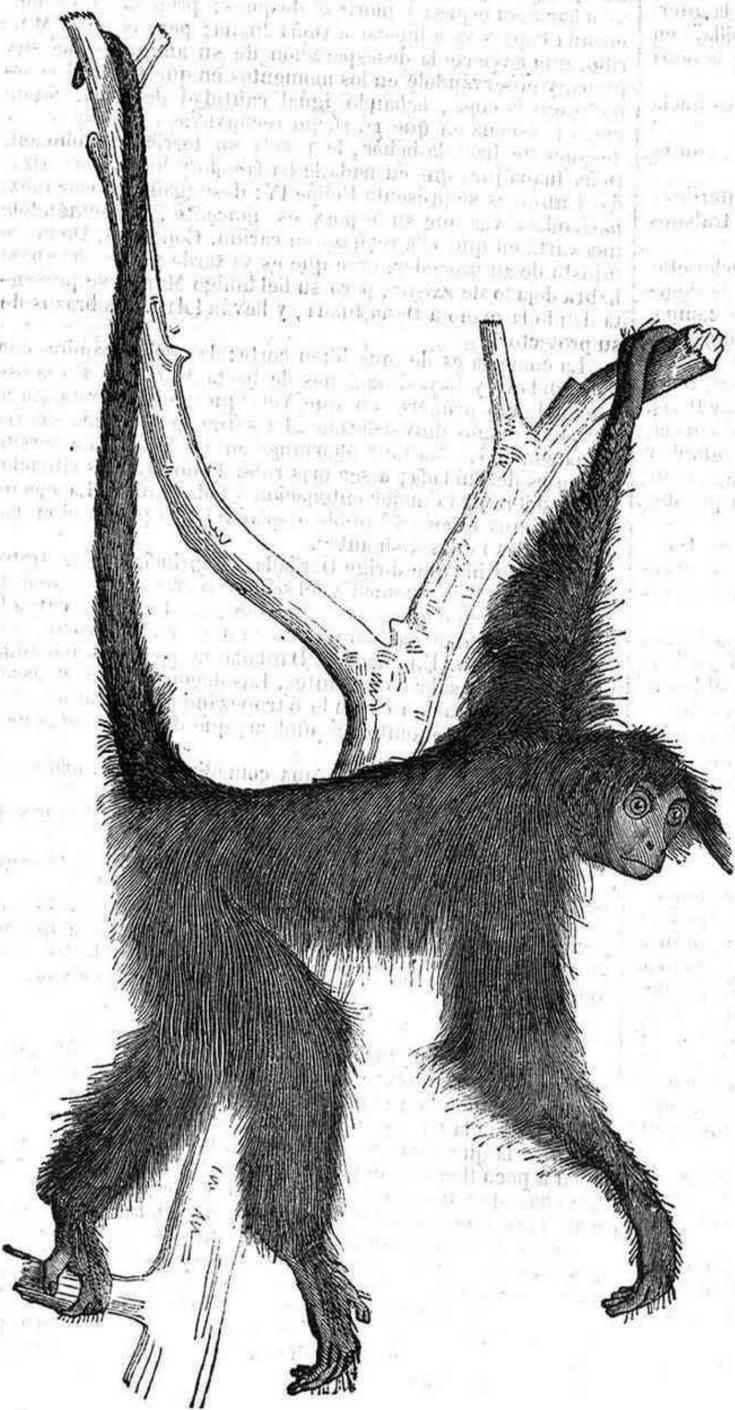
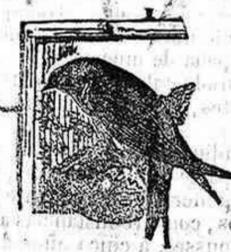
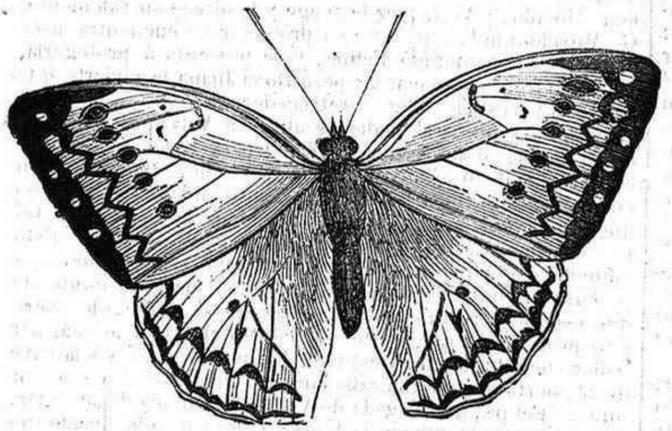
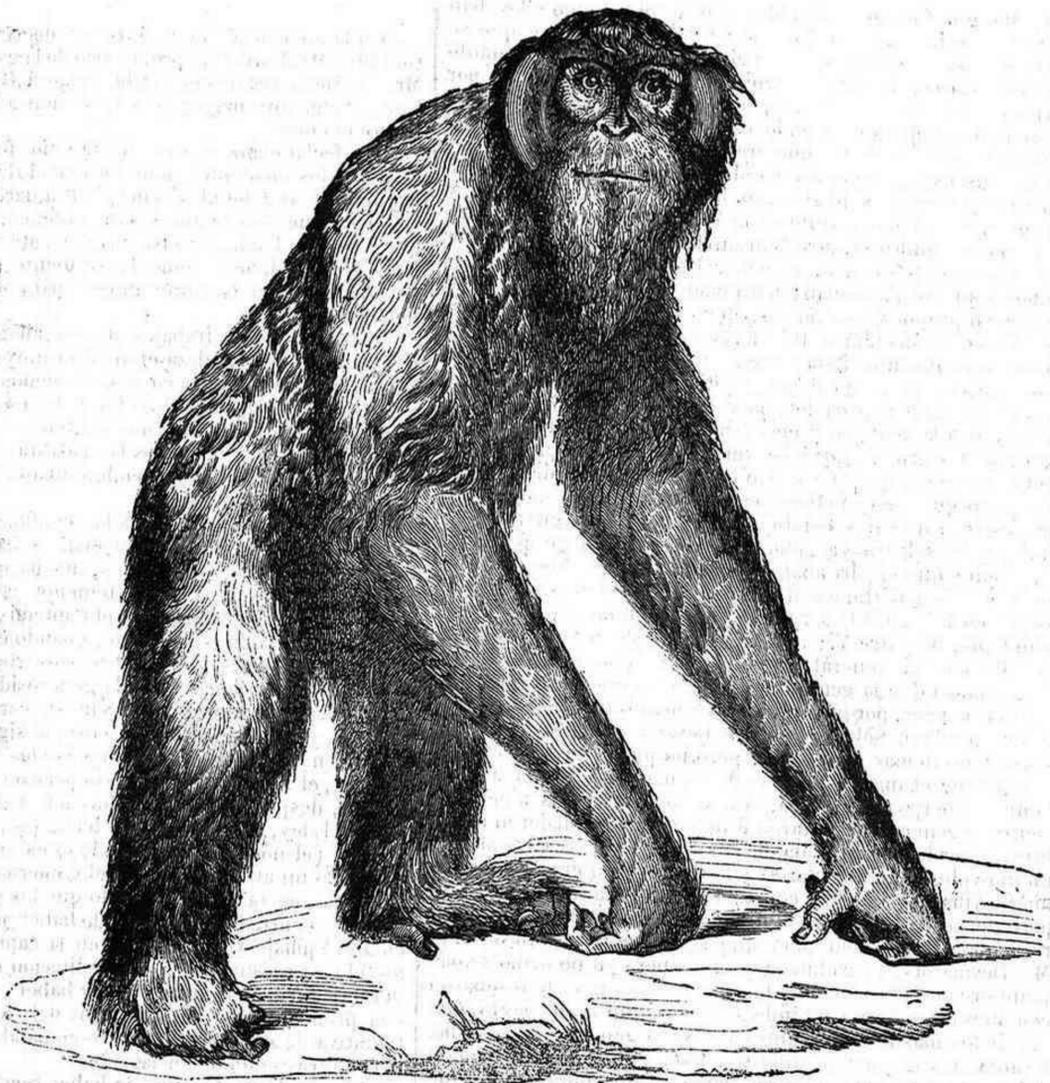
En el Príncipe la comedia de Calderon, *Amar despues de la muerte*, refundida por D. Eduardo Asquerino.

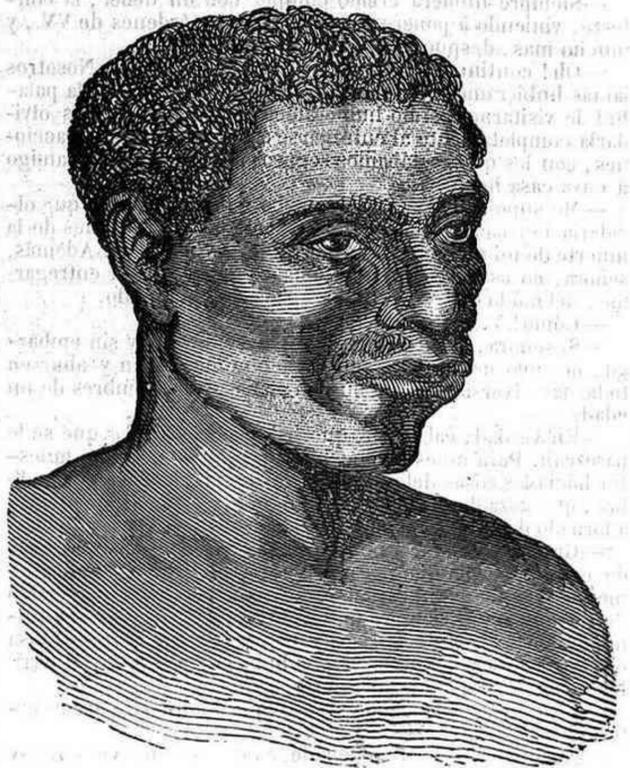
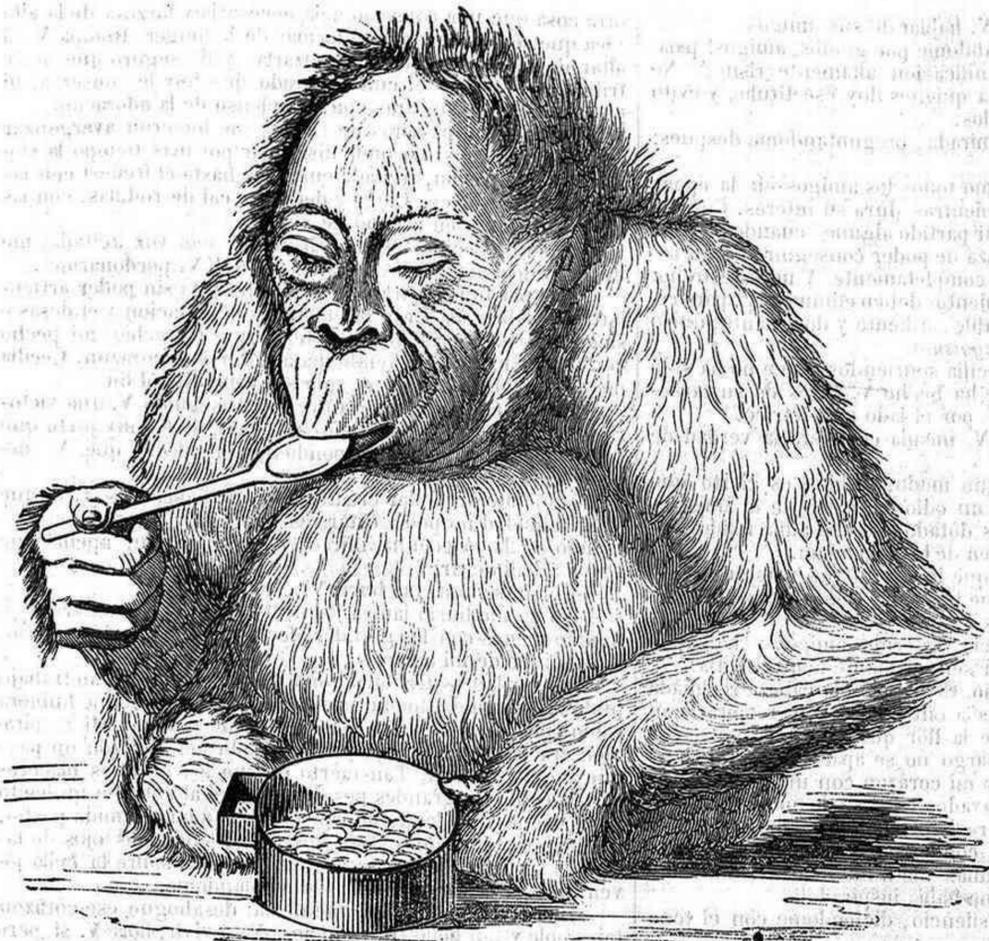
En el Drama, uno original del señor Camprdon, titulado *Espinás de una flor*.

Y en el Circo una funcion muy variada á beneficio del segundo director de orquesta, señor Rodriguez, en la que tomará parte el señor Belart, cantando la *Romanza de Lucrecia Borgia*.

La Sonámbula.

El magnetismo, que se ha negado por tanto tiempo, empieza por fin á penetrar en el dominio de los hechos admitidos. Hace poco tiempo que en una quinta de los alrededores de París, M. de la G... adepto del magnetismo, encontró á una jóven, á la que sometió á sus pases, consiguiendo dormirla. Poco á poco llegó á adquirir el magnetizador tal autoridad sobre ella, que no tenía que hacer mas que pensar una cosa para que la jóven la ejecutase. Una noche la durmió segun acostumbraba, y manifestó á dos amigos su deseo de que la jóven fuese á pasearse al parque con un quinqué encendido en la mano, y que atravesase un madero resbaladizo y pendiente que unia las dos orillas del rio. No bien había concluido de hablar, cuando la jóven sonámbula se levantó y puso por obra lo que el magnetizador había ordenado. Veinte testigos presenciaron el hecho.





UNA MUGER COMO HAY MUCHAS.

NOVELA ORIGINAL

DE VICENTE RODRIGUEZ VÁRO.

(Continuacion.)

La ocasion se me mostraba tan propicia, que hice firme propósito de no desaprovecharla. Con efecto, dentro de poco iba á ver á Cecilia, iba tal vez á hablarla á solas, y si no conseguia vencer mi timidez, podia renunciar á todas las esperanzas amorosas que abrigaba mi corazon. Acerqué una silla al velador, y procuré distraerme de mis temores, con la lectura de los libros que allí se encontraban. Eran tres tomos sueltos de la novela de Sue, *El Juicio Errante*, y uno bastante voluminoso y de esmerada encuadernacion, que contenia sin separacion alguna, las *Poesias* y el *Diablo-Mundo* de Espronceda. Cogi este último libro, y le abrí por donde estaba puesta una cinta que servia de registro. Grande fué mi sorpresa al presentarse ante mi vista la última página del canto á Teresa. Aquellos dos versos con los que concluye el poeta de pintar, por medio de la mas espantosa ironía, la amarga hiel que rebosa de su corazon, siempre me conmovieron, por considerarlos como el último esfuerzo de la desesperacion; pero jamás me impresionaron tan vivamente como en aquellos momentos. Clavé la vista sobre ellos, y los leí con cierto temor, y con voz lenta, como calculando el valor de cada una de sus palabras.

«Truéquese en risa mi dolor profundo;
Que haya un cadáver mas, ¿qué importa al mundo?»

Oh, pensaba entre mí, es imposible que el que lea á Espronceda, tenga un alma desprovista de sensibilidad y de ternura! Si Cecilia sabrá comprenderme, sabrá pagar mi cariño: ella que habrá derramado mil veces lágrimas al leer estos divinos versos, interesándose en las desgracias del poeta... ella, estoy seguro, apreciará en lo que vale un amor tan ardiente y respetuoso como el mio...

Un ruido ligero de pasos me avisó de la proximidad de alguno. Apenas tuve tiempo para sosegar y tomar una postura conveniente. Las puertas de cristales de una alcoba cercana al sitio donde estaba yo sentado se abrieron repentinamente, dando paso á Cecilia.

Al verla me levanté respetuosamente. La confianza y la fortaleza que me habian animado, desaparecieron al instante, para dar cabida al respeto y al temor. Vestía la jóven una elegante blusa color de rosa, que dejaba descubiertos sus hombros nacarados, su garganta fina y torneada, y unos brazos redondos, puros como el alabastro, y en los que no hubiera encontrado el mas hábil observador la mas ligera mancha que empañase su blancura. Con este traje elegante, aunque sencillo, estaba mas encantadora, pues ajustándose á su cintura por medio de un cordón, cuyas borlas ondulaban graciosamente, daba nuevo realce á sus encantos, permitiendo admirar lo esbelto y flexible de su talle. Segun el estilo de Andalucía llevaba multitud de flores en la cabeza, y jugueteaban sus dedos ligeramente con una azucena, tan blanca como la mano que la sostenia.

Al mirarla tan seductora, mil reflexiones me asaltaron de repente. Ayer, pensaba yo, no pude apreciar lo bastante la belleza de esta muger. De no haber sido así, ¿cómo hubiera podido formar la resolucion temeraria de declararla mi pasión? Porque ¿quién soy yo para merecer tanta dicha? ¿Qué puedo ofrecerle en cambio de su amor? Ay! sí; me contentaré en adelante con solo su amistad, porque ella lo ha dicho... tengo títulos bastantes para que me mire con gratitud.

Estas reflexiones pasaron rápidas, y antes que la jóven hubiese dado un paso desde la puerta por la que habia salido: —Aunque V. me tenga por egoísta, dijo sonriendo y adelantándose, despues de haberme hecho un ligero saludo con la cabeza, debo confesarle que he preferido dar á V. la incomodidad de esperar, por no privarme del placer de verle para darle gracias por la exactitud con que ha cumplido V. la palabra que ayer nos empeñó.

Y con un gesto gracioso me dió á entender que volviera á sentarme, haciéndolo ella tambien en un sofá que estaba á mi derecha.

—Siempre hubiera creido cumplir con un deber, la contesté, viniendo á ponerme al instante á las órdenes de VV., y mucho mas, despues de habérselo prometido.

—Oh! continuó ella, es V. en extremo galante. Nosotros jamás hubiéramos abusado de su bondad exigiéndole la palabra de visitarnos, si no hubiéramos creido que V. nos olvidaria completamente al entregarse á los placeres y distracciones, con los que, estábamos seguros, le obsequiaría el amigo á cuya casa iba V.

—Me suponian VV. un alma poco noble, creyendo que olvidaria tan fácilmente las únicas personas que despues de la muerte de mi padre me han mostrado algun interés. Además, señora, no es mi carácter el mas á propósito para entregarme, del modo que V. dice, á los placeres del mundo.

—Cómo! V. tan jóven!...

—Sí señora, la interrumpí, soy muy jóven, y sin embargo, no solo no me distraen, sino que me enojan y aburren todas las diversiones que buscan afanosos los hombres de mi edad.

—En verdad, caballero, que habrá pocos genios que se le parezcan. Para mí es inconcebible la repugnancia que muestra hácia las cosas del mundo un jóven como V., que vive libre, que goza de un talento distinguido, y que se encuentra adornado de las mas nobles cualidades para hacerse apreciar.

—Gracias, señora. Tampoco yo puedo explicarme la causa de esa melancolia que me persigue, y que forma exclusivamente el fondo de mi carácter. Acaso sea un hábito contraido desde niño, pues siempre he vivido con mi padre en el aislamiento mas absoluto. Acaso, y con mas razon, sea la causa de mi tristeza y de mi desvio del bullicio del mundo, la terrible soledad en que me encuentro.

—¿No tiene V. persona alguna que le muestre algun interés?

—No tengo á nadie que me ame, contesté conmovido. Estoy solo, absolutamente solo.

—Yo creia haber oido á V. hablar de sus amigos.

—¡Amigos, exclamé animándome por grados, amigos! palabra absurda, y de una significacion altamente risible. No tengo mas que dos ó tres á quienes doy ese título, y evito cuanto puedo unirme con ellos.

Cecilia me contempló admirada, preguntándome despues:

—Tan malos los cree V.?

—No son malos, son como todos los amigos en la época presente. Dura su amistad mientras dura su interés. Cuando ellos ven que no pueden sacar partido alguno, cuando pierden hasta la mas remota esperanza de poder conseguir algo su favor, su amistad desaparece completamente. Y no es extraño: en este siglo todos los sentimientos deben enmudecer, para resolverse en uno solo, invariable, ardiente y dominante, único móvil de nuestros actos: el *egoísmo*.

—Bien se conoce, dijo Cecilia sonriéndose, que no ha sido exagerada la pintura que me ha hecho V. antes de su carácter sombrío. Todo lo mira V. por el lado más tétrico.

—Creo, la contesté, que V. misma conocerá la verdad de cuanto he dicho.

—Oh! no señor, de ningun modo. Si bien es cierto que existen personas que hacen un odioso tráfico de la amistad, tambien lo es que hay seres dotados de una alma noble, capaz de sacrificarse por el bien de los que aman.

—Sin duda la desgracia que incesante me persigue, respondió con amarga sonrisa, me ha hecho siempre tropezar con las almas mas bajas y ruines.

Entonces yo no te conocia, querido amigo, y hablando así, no hacia mas que contar sencillamente lo que sentia.

Permanecimos en silencio. Cecilia con la cabeza reclinada en el respaldo del sofá, parecia entretenida en respirar con delicia el suave perfume de la flor que mantenía entre sus manos. Su mirada sin embargo no se apartaba de mí, lánguida y ardiente, abrasando mi corazon con un fuego activo y devorante. Con los ojos clavados en el suelo no osaba levantarlos, temiendo no poder resistir el influjo magnético de aquella mirada. Parecia un condenado escuchando su sentencia de muerte. Jamás, jamás me hubiera atrevido á indicarle el profundo amor que me habia inspirado.

Cecilia al fin rompió el silencio, diciéndome con el tono mas dulce:

—Perdóneme V., soy muger, y no me hallo libre del defecto capital de todas las mugeres, es decir, soy curiosa. Además de esto, tengo algun derecho á la confianza de V., porque me han mandado que le considere como á hermano.

—El señor baron me honra demasiado.

—Advierta V., dijo la jóven, que jamás podremos pagarle la deuda de gratitud que le debemos.

Luego añadió sonriéndose:

—Ya que se muestra V. hoy tan franco, quisiera que me confesase si ha sido V. tan desgraciado en el amor como en la amistad.

Y dirigiéndome una mirada penetrante, prosiguió despues de una pausa:

—Porque si así fuera, oh! seria V. entonces el mas infeliz de los hombres, el mas digno de lástima.

Estas palabras me causaron una sorpresa indecible. Ella era la que primero nombraba la palabra *amor*, palabra dulce y poética que me pareció mas bella aun por salir de unos labios tan divinos.

—Entonces, contesté, bien puede V. compadecerme; pues ni he gustado de las dulzuras de la amistad, ni he probado de los encantos de amor.

—¿No ha encontrado V. ninguna muger que sea de su agrado?

—En el mundo, respondí alentado por el giro que tomaba la conservacion; en el mundo hay mugeres capaces de realizar las mas dulces ilusiones, tan hermosas como laspueda haber creado el pensamiento mas poético. Ay! continué con una exaltacion difícil de pintar, yo las veo cruzar rápidas en torno mio, aéreas y voluptuosas, briadando con su amor, á otros hombres, que menos tímidos que yo, se atreven á decirles: «sois bellas.»

Cecilia habia oido al parecer complacida mis anteriores palabras, dichas con todo el ardor del entusiasmo. En seguida dijo con un acento ligeramente conmovido, pero tan melodioso y vibrante como el último eco de una cancion amorosa al perderse blando por entre las brisas:

—Ahora lo comprendo todo. Pobre jóven! Si no ha gustado V. en el mundo de ese dulce afecto, cúlpese á sí mismo, culpe á ese corazon que ha temido confiarse, creyendo que al hacerlo le abrumarian bajo el peso de la mofa y el escarnio.

Yo escuchaba con embriaguez: las palabras de aquella muger eran un bálsamo que cayendo gota á gota sobre mi alma, derramaban sobre ella la esperanza y el consuelo. La jóven proseguia:

—Pero es V. mas digno de lástima que de reprension. ¿Cómo quiere V. que esas mugeres á las que llaman *hermosas*, hubiesen adivinado que el jóven que las veia pasar á su lado, sin dirigirlas la menor expresion afectuosa, encerraba dentro del pecho un corazon sensible y apasionado, capaz de amar con el entusiasmo del artista? ¿Qué idea puede formarse de la violencia de carácter y de la fuerza de voluntad del hombre que no se atreve á decir á una muger: «Eres hermosa y te adoro?» Aquel que lleve su timidez á tan alto grado, no solo no gozará de las delicias del amor, sino que será un ente ridículo ante los ojos del mismo ser á quien ama. Créame V.: el siglo XV no se parece en nada al XIX. Infeliz del que quisiera volver á reproducir en esta época aquellos mudos rendimientos, aquellos éstasis deliciosos, y aquel divino respeto que sintieron nuestros padres hácia la muger; considerándola como á un dios. La muger ha descendido súbitamente del alto trono donde la habia elevado un siglo galante y caballeresco; ha descendido, sí, y ella misma se burlaria del que la rindiese los respetos y homenajes que mereció en otro tiempo, y que ahora no puede admitir, lanzada como se encuentra del elevado asiento que ocupara. Hágase V. atrevido y será dichoso. Una muger, por torpe que sea, pocas veces deja de adivinar los afectos que inspira; y es indecible lo que padece, viendo á un hombre que carece de la resolucion suficiente para declararla el amor que le consume. Y no me diga V. que esa timidez que siente es invencible, que no puede por mas que hace despojarse de ella: esa timidez no es

otra cosa que una consecuencia necesaria y forzosa de la alta idea que se ha llegado V. á formar de la muger. Rompa V. el altar donde ha llegado á ensalzarla, y de seguro que no le tributará entonces el culto sagrado que hoy le conserva, ni perfumará tanto sus aras con el incienso de la adoracion.

Ignoro si las palabras de Cecilia me hicieron avergonzar de mi timidez, ó si no pude disimular por mas tiempo la violencia de mi pasión, irritada entonces hasta el frenesí con las palabras de la jóven. Ciego y delirante caí de rodillas, con las manos cruzadas en actitud de súplica.

—Perdon, Cecilia, perdon, balbuceé con voz agitada; me he atrevido á amar á V.... Oh!... dignese V. perdonarme...

Y las palabras espiraron en mi garganta sin poder articular una sílaba mas. Eran tan terribles la agitacion y el desasosiego que me oprimian, que tenia que estrechar mi pecho con ambas manos, creyendo iba á saltarse el corazon. Cecilia me contemplaba con ligera sonrisa, y me dijo al fin:

—Ruego á V. que se levante. Ha conseguido V. una victoria sobre sí mismo venciendo su temor, y es muy justo que yo la recompense, correspondiendo al afecto que V. me profesaba.

No me atrevia á dar crédito á lo que habia oido. Creí que tanta felicidad no podia estar reservada para mí, y así es que fijando en la jóven una mirada de resignacion, apenas me atreví á balbucear:

—Cómo, señora, ¿se burla V.?

—Yo no me burlo jamás, contestó la jóven con entereza, y mucho menos con los grandes afectos. Sí, vuelvo á repetirlo, es V. digno de mi amor.

Estas palabras trastornaron todo mi ser. Con gran trabajo pude levantarme y tomar asiento, pues de seguro me hubiera caido permaneciendo por mas tiempo de rodillas. Mi respiracion era lenta y fatigosa, y sentia sobre el corazon un peso que me anonadaba. Tan cierto es que los grandes placeres matan como los grandes pesares. Rompí al cabo en un llanto copiosísimo, que dando nuevo ensanche á mi oprimido pecho, me hizo respirar con entera libertad. Llenos mis ojos de lágrimas se fijaban con una gratitud inefable sobre la bella jóven, que parecia conmovida contemplándome.

—Llore V. con libertad, me decía; desahogue ese corazon tan noble y tan bello. Hoy empieza V. á vivir; llore V. sí, pero sean las que vierta lágrimas de placer, porque hoy se abre su alma de V. al amor; hoy ha encontrado una muger que le ame y que sepa comprenderle.

—No dude V., repuse con voz ahogada por los sollozos, que yo tambien sabré amarla.

—Lo sé, contestó ella, lo sé muy bien. Sé que no habrá en el mundo muger alguna tan tiernamente amada como lo seré yo. El corazon de V. es tan fácil de sondear, que lo conozco quizá mejor que V. mismo.

Las lágrimas que habia derramado no solo consiguieron calmar mi agitacion, sino que tambien me hicieron sentir ese bienestar inesplicable que acompaña siempre á la dulce tranquilidad y al blando sosiego del espíritu. Sin embargo, inmóvil y turbado permanecia mi pensamiento, como temiendo desvariar, al comprender en toda su estension la dicha de que disfrutaba.

—Ruego á V., dijo Cecilia interrumpiendo un silencio que se prolongaba demasiado, ruego á V., Carlos, que se retire antes que venga mi padre. Está V. muy conmovido, y adivinaria fácilmente la escena que ha pasado.

—Tiene V. razon, contesté levantándome. Mi alma es sobradamente mezquina para contener toda la dicha que V. ha derramado en ella, y no tengo la voluntad suficiente para impedirle que asome al semblante.

—Tome V. pues, y márchese; y al decir esto, con un movimiento lleno de gracia me alargó la blanca azucena, con la que habia estado jugueteando durante nuestra conversacion.

Luego añadió al despedirme con un acento tierno y enamorado, y dejando asomar á su frente los matices del rubor: —Cuidela V. con el mayor esmero, pues estoy segura de que es el primer regalo de amor que V. recibe.

Yo salí precipitadamente de la habitacion, llevando repetidas veces á mis labios aquella flor delicada.

III.

Los treinta dias que siguieron inmediatamente despues de mi última conversacion con Cecilia, fueron los únicos felices de mi existencia. Me admiro aun al considerar toda la dicha que puede el hombre disfrutar sobre la tierra. Por mucho que se fatigue el pensamiento, jamás podrá formarse una idea exacta de los gozes venturosos que siente un corazon amante, al mirar su pasión correspondida. Mezquinos eran los placeres con los que yo embelleciera el mundo ideal que me habia formado en mi retiro, en comparacion de los que entonces disfrutaba. ¡Jamás ha existido un amor tan puro, tan ardiente y tan respetuoso! Apenas me atrevia á solicitar los mas ligeros favores, bastando una sola palabra de Cecilia para hacerme sonrojar de placer, y para hacer latir con mas fuerza un corazon que se agitaba terriblemente al recibir las mas leves sensaciones. Ay! á pesar de todo, turbaba mi felicidad un negro presentimiento que no podia desechar, y que me repetia incesante en el fondo del alma, que gozara con avidez de aquellos instantes, porque pronto, muy pronto tal vez iba á concluir mi ventura. Oh! pensaba yo ¿por qué será que cuando el hombre es feliz, teme á cada momento ver huir su ventura, disipándose como el humo? ¿Y por qué será que el desgraciado pocas veces espera ver mejorada su suerte? Sí, no hay duda. Hay una voz dentro del hombre que de continuo le grita, *serás infeliz porque tú has nacido para vivir miserable: esa ventura de que gozas no es mas que un vivo relámpago que pronto desaparecerá, dejándote sumido en los horrores de las tinieblas, y serás despues mas desgraciado, pues no podrás acostumbrarte á vivir en la oscuridad despues de haber contemplado por un instante la luz.* Lo cierto es que yo no podia creer que mi ventura fuese duradera. Estaba convencido de que el estado normal del hombre es la desgracia, y no tenia el valor suficiente para mirar el horizonte de lo porvenir, sin aterrarme. Por eso procuré aturdirme con el amor de Cecilia, porque me espantaba la idea de mi infelicidad, despues de haber disfrutado tantos encantos y deleites; y conseguí al fin acallar mis recelos, haciendo los mayores esfuerzos para vivir tan solo en lo presente.

Lejos de enojarse, parecía por el contrario bastante complacido el barón de Granja-Nueva, al observar el tierno afecto que su hija y yo nos profesábamos. Quizá pensaba el buen viejo en estrechar aun más nuestra amistad, enlazándose con Cecilia, creyendo satisfacer de esta manera una deuda de gratitud que no podía olvidar. Esta idea se me ocurrió varias veces, y tuve el valor suficiente para desecharla. ¡Cecilia esposa mía! Oh! no puede ser. No he hecho ninguna acción loable, para que Dios se digne darme á gustar de la copa de la felicidad, en la que beben sus elegidos.

Como no tenía por qué ocultarlo, mi corazón no solo no disimulaba el afecto que sentía, sino que haciendo ostentación de él, se afanaba porque todos adivinasen la felicidad que le embriagaba. Apenas me separaba de Cecilia, que cada vez más tierna y más amante, me presentaba sin cesar nuevos encantos y nuevas ilusiones. Todos los días á las once de la mañana corría á verla, y me estaba á su lado hasta las cuatro de la tarde, hora que era la señalada para la comida. Después, al anochecer, me dirigía presuroso á la plaza de Mina, donde era el paseo, y en donde estaba seguro de encontrar á la joven acompañada de su padre. Luego no me separaba de ellos hasta que se recogían, que era por lo común á una hora bastante avanzada.

Ya puedes figurarte la ventura que disfrutaba, estando continuamente junto al objeto de mi adoración. Por las noches me era imposible conciliar el sueño, deseando que llegara la hora de ver á Cecilia, para entregarme de nuevo á la muda contemplación de su belleza, y volver á respirar aquella atmósfera de amor que era la vida de mi ser.

¡Cuántas veces al visitarla por las mañanas, la sorprendía sentada al piano, acompañando las dulces notas del instrumento, con el canto más armonioso! Al oír aquella voz vibrante y apasionada, y al verla á ella agitándose conmovida, sin poderme contener caía de rodillas, creyendo contemplar una celeste aparición radiante de gloria, que me llamaba blandamente con los divinos ecos de su lira.

Emperatriz por el canto.

El genio de Pedro el Grande ejerció tal influencia sobre el movimiento intelectual de la Rusia, que se le considera como el fundador de este vasto imperio. Apenas se pronuncian los nombres de los monarcas que le precedieron. Sin embargo, los nombres de Wladimir, de Ivan el Grande, de Alexis, merecen pasar á la posteridad por haber protegido las letras y las artes, y haber dado un vivo impulso á los estudios musicales. En las costumbres de los antiguos slávicos, sometidos al gobierno de los príncipes del Norte, se encuentran rasgos característicos, originales, que son dignos de fijar la atención.

Cuando el czar quería contraer matrimonio, los grandes señores de la corte recorrían el país buscando las jóvenes más hermosas y más seductoras de las primeras familias. Siempre ascendía el número de las que traían de sesenta á ciento. Las llevaban al palacio de Kremlin, donde permanecían bajo la vigilancia del mayordomo mayor de palacio, hasta el día en que el príncipe designaba ante todos los señores de la corte con cuál de ellas estaba decidido á compartir la corona. Todo el tiempo que permanecían en el palacio estaban en completa comunicación con las de afuera. El czar, oculto detrás de una cortina, asistía algunas veces á sus conversaciones, para conocer su talento y hermosura. Muchas veces el bufón del príncipe recibía orden de adornarse con las insignias imperiales y representar al autócrata. Las bellas rusas, engañadas por las apariencias, hacían traición algunas veces á sus ambiciosos pensamientos, y trataban de atraer las miradas del falso monarca, despreciando las del verdadero.

Alexis, hijo de Michel, padre de Pedro el Grande, respetó esta costumbre. Algunas veces se complacía en dejar las insignias de su grandeza, y disfrazado como simple particular, visitaba los castillos de los señores, las casas de los aldeanos y las cabañas de los paisanos. De este modo estaba enterado de todo lo que pasaba: muchas veces se presentaba en casa de sus favoritos sin anunciarse, comía con ellos y pasaba algunas horas en delicioso abandono. Sobre todo, tenía sumo placer en visitar y sorprender al boyardo Matweel, uno de los principales consejeros de la corona.

Un día llegó á su casa con el uniforme de capitán de guardias, en el momento en que menos le esperaba Matweel. Al atravesar la antecámara, llegó á sus oídos el eco de una voz sonora, de maravillosa suavidad, que cesó de repente, en cuanto el príncipe entró en el salón. El czar, que había experimentado una viva impresión con aquellos deliciosos acentos, quedó completamente fascinado al ver á la joven que cantaba, y que era de maravillosa hermosura, y cuyas mejillas se colorearon con un vivo sonrosado al ver á este huésped inesperado.

Conformándose Matweel con las órdenes del príncipe, le recibió, como á un simple oficial, y le convidó á comer, lo que aceptó Alexis desde luego.

La conversación fué al principio poco animada; pero cuando el príncipe dirigió la palabra á la bella incógnita, quedó encantado de la viveza de su imaginación: luego la rogó que cantase algunas de sus canciones favoritas, lo que ejecutó con suma gracia, habiendo tenido el disgusto de que se retirase pocos momentos después.

—¿Quién es esta señorita? preguntó Alexis.

—Señor, es la señorita Nasichkin, hija de un pobre cabañero, á quien su miserable estado obliga á vivir en un lugarcillo, y me ha suplicado que me encargue de la educación de su única hija. La cuido con todo esmero, y puedo decir que la semilla no ha caído en una tierra ingrata: á una viva inteligencia y una decidida pasión por las artes, reúne Natalia una amabilidad y un talento superiores á todo elogio, y la miro como si fuese mi propia hija.

—Bien, replicó el czar, pues continúa cuidando de ella. Yo me encargo de dotarla y de proporcionarle esposo. Sabe acaso quién soy yo?

—No señor; sale muy poco de su habitación, y además no ha visto hasta ahora á V. M.

—Entonces tendrás especial cuidado en no decirselo.

Alexis se retiró sumamente pensativo. La bella Natalia le había causado una viva impresión; á la segunda entrevista la encontró todavía más encantadora, y sus visitas se multipli-

caron de una manera pasmosa. Con frecuencia pasaba á su lado noches enteras, palpitando su corazón al lado de aquella admirable criatura, cuya melancólica mirada, imaginación poética y voz melodiosa y penetrante ejercían una irresistible fascinación. Dotado de una alma ardiente y apasionada, artista de corazón y de inteligencia, Alexis amaba con delirio la música, cuyo gusto y conocimiento procuraba propagar en sus Estados. Muy á menudo se complacía en reunir en su palacio las más notables cantatrices de Moscow para que ejecutaran los mejores cantos de Rusia; pero jamás había oído un órgano que se prestase con tanta facilidad á todas las variaciones del canto ligero y gracioso, espresivo y enérgico. Los primeros rayos del sol sorprendían algunas veces encantado en éxtasis ante la seductora sirena, que sabía dar una espresión de indefinible tristeza, acentos llenos de vigor y de brillo, á las sencillas baladas, á las melodías originales, y las canciones pintorescas de su país.

En todas estas entrevistas Alexis conservó el uniforme de capitán de guardias; y como Matweel no se había atrevido á hacer traición al secreto del soberano, su pupila permaneció en completa ignorancia del rango de Alexis, y le trataba familiarmente como á un amigo de su tutor.

Matweel se encontraba en una posición difícil; no se atrevía á romper la intimidad del czar con Natalia, y sin embargo conocía que su deber era proteger á la hija de su amigo contra los peligros de una seducción que no podría comprender ni adivinar.

El día de la gran ceremonia se acercaba. Los señores habían vuelto de su viaje, y ya el palacio de Kremlin encerraba en su recinto sesenta de las más bellas flores de Rusia. Las grandes señoras de Moscow preparaban sus ricos trajes para la ceremonia. Toda la ciudad se agita, el ejército se va reconcentrando alrededor del castillo, las campanas invitan á la oración, todo está en movimiento: el czar es el único que no altera sus hábitos, y está siempre al lado de Natalia.

Matweel, sombrío é inquieto, pensaba en el triste desenlace de esta desgraciada pasión, cuando el czar apareció delante de él más alegre que nunca.

Te he prometido, le dijo, ocuparme de la suerte de tu pupila. Ha llegado el tiempo de cumplir mi promesa. Ya sabes que mañana escojo la zarina; deseo que Natalia presencie esta ceremonia, que desplegue todos sus encantos, y el que ella escoja entre todos los cortesanos, será su esposo.

Repetidos cañonazos anunciaban á los habitantes de Moscow que el momento de la elección de Alexis se acerca. La gran sala de Kremlin ofrece un magnífico golpe de vista. Los magnates están revestidos de sus más ricos uniformes; las damas simbolizan en elegancia; las máscaras circulan, intrigan, chancean.

Todas las miradas se dirigen hácia el cortejo de las jóvenes que se disputaban la imperial corona: la princesa Isabel Barbanjkin, fija sobre todo la atención, y parece que sobrepaja á sus rivales: orgullosa por su nacimiento, parece todavía más satisfecha con su hermosura.

Una máscara, con un traje más brillante que los otros, rodeado de cortesanos, entra en la sala: todo el mundo le toma por el czar, y la princesa Barbanjkin se entusiasma cuando se aproxima á ella y empieza á hablarla.

Natalia, con un traje sencillo, permanecía en un rincón de la sala sentada al lado de Matweel. Como había visto este la máscara que se aproximó á la princesa Isabel, y conoció que no era el czar, le buscaba por todos lados, cuando vio que se aproximaba á Natalia con su uniforme de capitán y el rostro medio cubierto por una careta.

Natalia, satisfecha de ver al amigo de su tutor, le preguntó con su sencillez habitual si el czar había hecho ya su elección.

—Todavía no, replicó Alexis; pero si deseais verlo os llevaré á su lado.

—Estoy bien aquí.

—¿Quién sabe! cuando el príncipe os vea, tal vez...

—No ambiciono la corona.

—Es demasiada modestia.

Natalia, viendo que el capitán insistía, se puso triste, y añadió con un tono de despecho:

—Teneis gusto en incomodarme?

Suspiró y se la saltaron algunas lágrimas.

Alexis comprendió que era amado, y con el corazón henchido de alegría:

—Que se quiten las máscaras, exclamó.

Al instante sucede un profundo silencio al ruido de la fiesta, todos los corazones palpitan; los boyardos esperan que hable su señor, para saber á quién deben dirigir sus homenajes. Cualquiera puede imaginarse la rabia que se apoderaría de la princesa Barbanjkin, cuando supo que el que creía el czar, y que tantas cosas seductoras la había dicho, no era otro que el bufón de Alexis; y cuál fué su asombro cuando vio la corona sobre la frente de Natalia Narychkin, y oyó estas palabras:

—Boyardos de Moscow, esta es la zarina!

La superioridad musical de Natalia Narychkin fué, tanto como su rara belleza, la causa de su fortuna: no lo olvidó. En conformidad con el czar, animó seriamente las artes y protegió á los artistas; sus favores fijaron en Rusia muchos músicos alemanes, italianos, franceses. En fin, en este reinado tuvieron lugar ensayos con las primeras tentativas de la ópera nacional.

Horse-guards.

El cuerpo de *Horse-guards* es el más brillante de la milicia de la Gran Bretaña: para entrar en él se necesita tener seis pies ingleses de estatura. Estos gigantes visten un traje magnífico: los tres regimientos de *Horse-guards* montan caballos negros con pellica blanca. Lo que en ellos llama más la atención son los trompetas: estos se presentan vestidos como en tiempo de Enrique VIII. En cuanto á los oficiales, son por lo común hijos de los primeros lores del reino.

Los *Horse-guards*, que no deben confundirse con los *Lieguards* (Guardias de Corps) nunca salen de Londres: son unos soldados de parada que sirven de decoración en las grandes solemnidades. Cuando hay *drawing-room*, ó besamanos en el palacio de Saint-James, los *Horse-guards* están encargados de acompañar á la reina.

El *drawing-room* es una de las ceremonias más curiosas de Inglaterra. Desde la diez de la mañana, el parque de Saint-James y las calles adyacentes se ven cuajadas de *policemen*, armados con sus bastones. Los carruajes llegan en dos hileras; una de ellas baja por *Saint-James-Street*, y la otra se estiende por la grande avenida del parque. La aristocracia se complace en desplegar todos sus tesoros, y aquello es una verdadera exhibición de diamantes, de flores, de rasos, de encajes y de espaldas. Entre todas las mugeres del mundo civilizado, las inglesas son las únicas que se creen bastante seguras de su belleza para mostrarse á media mañana en traje de baile, escotadas, cubiertas de diamantes y desafiando impávidas las miradas de la muchedumbre.

Esta por su parte se venga de aquel lujo, que tanto contrasta con su miseria, citando los nombres de las *lady's* y asegurando *lo que valen*; la frase es inglesa, pues se esplica el pueblo diciendo: esta vale cien mil libras esterlinas, aquella doscientas mil, de modo que se aprecia allí á la muger por el capital ó las rentas que posee.

Mientras desfila el *drawing-room*, el trompeta de *Horse-guards*, que no es el menos atildado y brillante de los que toman parte en la ceremonia, toca alternadamente las dos canciones nacionales: *God save the queen* y *Rule Britannia*.

BIBLIOGRAFIA.

Nuestros lectores habrán observado cuán pocos hemos sido siempre en ocupar las columnas de LA ILUSTRACION, hablando de las demás publicaciones que damos á luz. La de que hoy vamos á hacer mención es tan importante, que creemos hacer un obsequio á nuestros suscritores, presentándoles algunas muestras de los grabados, que en número de 8,000 próximamente, ilustran la obra, y dándoles á conocer sencillamente el plan de este trabajo, que forma parte de la 5.^a serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, colección vastísima de obras históricas, novelas, viajes, teatro, poesías, religión, historia sagrada, teología, filología, agricultura, filosofía, jurisprudencia, legislación, administración, economía política, ciencias naturales, medicina, cirugía, farmacia, y libros para la infancia, de educación, diversion é instrucción. Como sabrán nuestros lectores, todos los días aparece una entrega de esta Biblioteca, la más colosal que hasta ahora ha salido á luz en España, y cada entrega, que contiene la materia de un tomo en 8.^o, con láminas, no cuesta más que un real en Madrid y uno y medio en provincias.

He aquí una ligera idea de la obra á que nos referimos mas arriba.

ENCICLOPEDIA DE HISTORIA NATURAL,

ó tratado completo de esta ciencia, según los trabajos de los naturalistas más eminentes de todos los países y de todas las épocas, BUFFON, DAUBENTON, LACEPEDE, CUVIER, GEOFFROY, SAINT-HILAIRE, DE JUSSIEU, BRONGNIART, ETC., ETC. Obra que resume las observaciones de los autores antiguos, y comprende todos los adelantos modernos hasta nuestros días, por el doctor Chenu, cirujano mayor del hospital militar de Val de Grace, profesor de historia natural, etc., etc. Edición ilustrada con cerca de OCHO MIL GRABADOS, abiertos por los mejores artistas de París, para las dos impresiones que á un mismo tiempo se están haciendo en Francia y en España.

La Enciclopedia que ofrecemos al público aventaja extraordinariamente en estension, en noticias y en número de grabados á cuantas obras de historia natural han aparecido hasta el día.

Para que la ciencia de que trata se popularice, no se necesita más que descorrer el velo que por largo tiempo la ha tenido oculta; no es preciso más que mostrarla tal cual es, llena de atractivos, y superando con mucho en interés á los cuentos más originales, á las leyendas más maravillosas.

Al poner al alcance de todos el estudio de la historia natural, nos proponemos ofrecer á las imaginaciones más vivas un alimento inagotable, inspirando la afición de lo verdadero á aquellos á quienes la ociosidad ó la necesidad de distracción conduce á lecturas estériles, que no dejan ninguna huella útil en la memoria, ningún resultado fecundo en la inteligencia.

Sería é instructiva á la vez, amena y completa, esta obra, escrita para satisfacer al sabio, es indispensable á todo género de personas.

La juventud, el hombre de mundo, el artesano, todas las edades, todas las clases hallarán un entretenimiento altamente sabroso en el estudio que ofrece, tan fecundo en resultados.

La redacción y la dirección artística de la Enciclopedia está á cargo de uno de los hombres que gozan hoy en Europa de más reputación en la especialidad á que se ha consagrado, por el acierto y el saber con que ha escrito de historia natural.

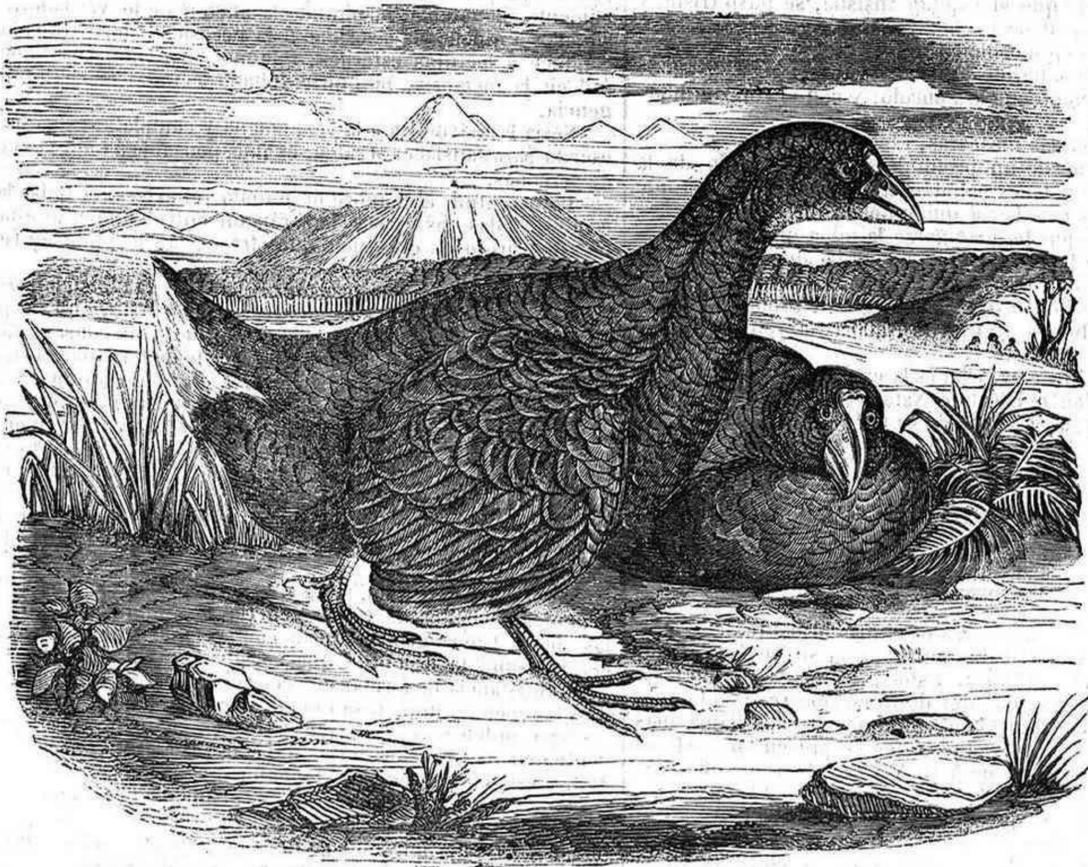
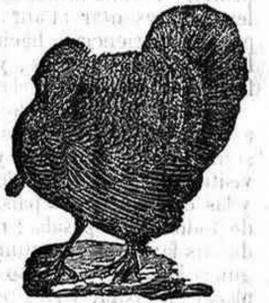
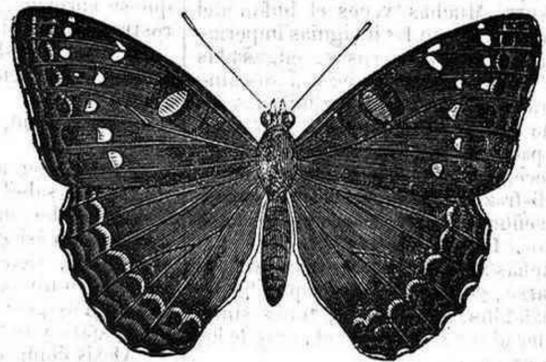
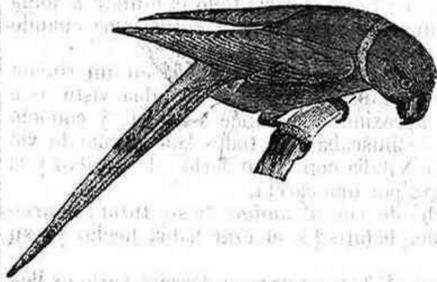
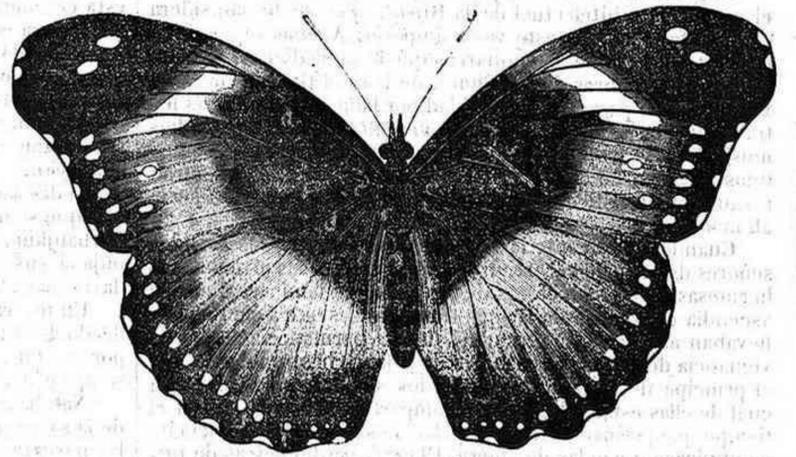
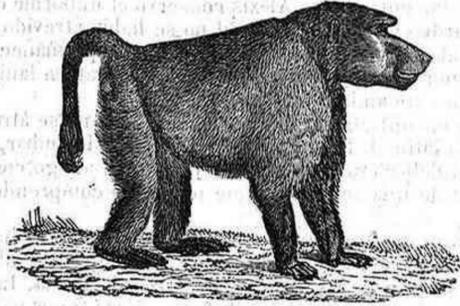
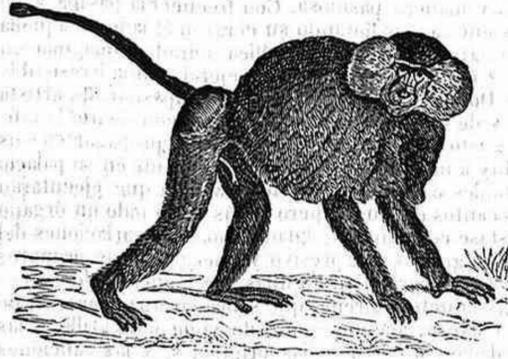
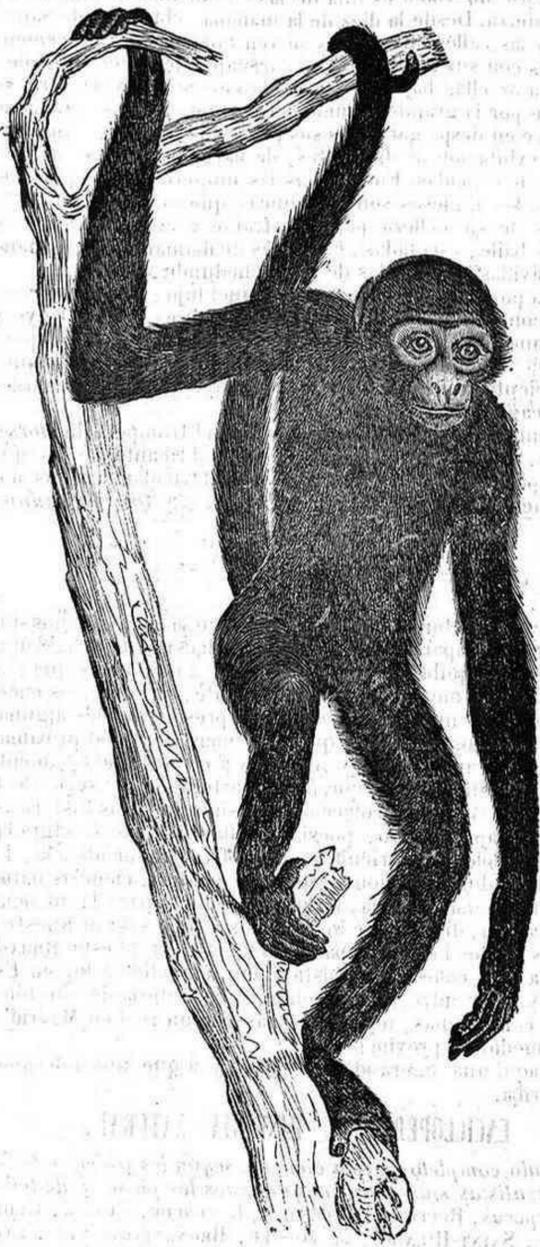
Bajo el punto de vista artístico, la obra que anunciamos no deja nada que desear. Todos los dibujos están tomados del natural por los más hábiles artistas, y grabados con tal esmero, que dan una idea completa hasta de los detalles más minuciosos de los objetos que representan. Nada parecido se ha publicado, y aun podemos asegurar que no es fácil que en mucho tiempo se publique, porque la empresa que hemos acometido no es de aquellas que todos puedan llevar á cabo todos los días.

No es un compendio, no es una serie desmenuada de artículos revueltos de todos géneros con algunas láminas; las de la Enciclopedia suplen con ventaja la iluminación con la esquisita exactitud que se advierte en ellas, y con la circunstancia de formar una colección de cerca de 8,000, la más completa y numerosa que ha aparecido jamás.

Van publicadas 8 entregas del Tratado de Aves, que contienen 342 preciosísimos grabados; 8 de Mariposas con 403, y estamos próximos á comenzar el de Monos.

La edición española aventaja de tal modo en economía á la francesa, que cada tomo de esta, cuyo precio es 25 reales, se publica, sin suprimir un solo grabado, en 10 ó 11 entregas nuestras, que salen al suscriptor por 10 ó 11 reales.

Nuestros lectores pueden examinar las publicadas, en todos los puntos en que se reciben abonos á LA ILUSTRACION.



REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

VENTAS y DISTRIB. P. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.